

# El Ruedo



2  
Plas.

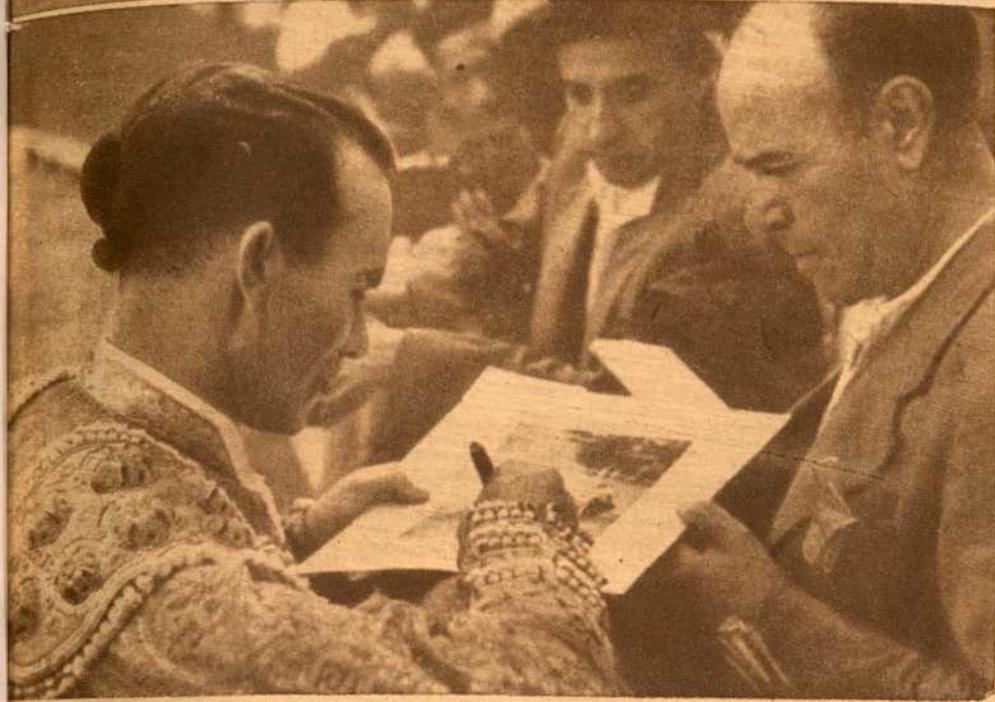
JAAVEDRA

ENRIQUE  
SEGURA



**Saltando limpiamente**  
(Dibujo de Enrique Segura.)

# En este número, un gran reportaje gráfico de las corridas de la Feria de Valencia



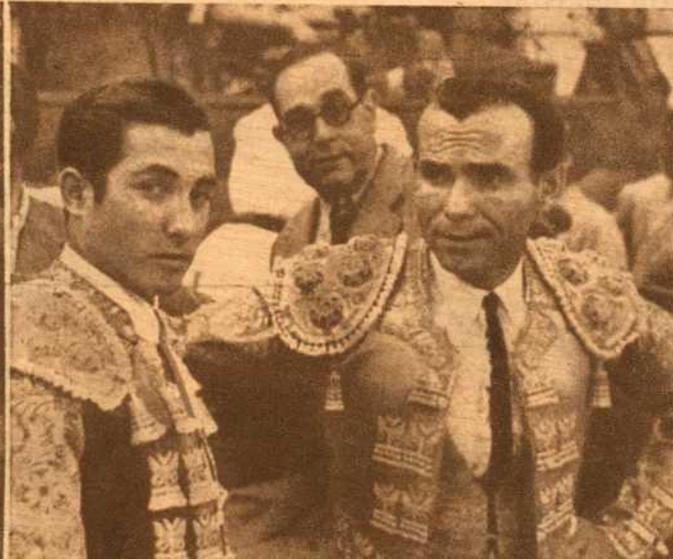
Ortega firma una fotografía a un admirador valenciano



El diestro de Borox, descansa después de matar al segundo toro



La rejoneadora Conchita Cintrón, con el empresario de la Plaza de Valencia y su mozo de estoques



Domingo Ortega y Pepin Martín Vázquez, apoyados en la barrera, el día de la reaparición del toledano



Domingo Ortega, el día en que actuó después de su cogida

Conchita Cintrón es asediada por los muchos admiradores que tiene, firmando autógrafos en los abanicos

Pepin Martín Vázquez, firmando en el álbum de una señorita valenciana

## EN EL DESCANSO

Enrique, el de los canarios, ofrece un precioso ejemplar a Arraza



El Estudiante y Pepin Martín Vázquez charlando durante el descanso



# EL LAPIZ EN LOS TOROS

DÉ LA CORRIDA DEL  
DOMINGO EN MADRID

Por ANTONIO CASERO



Al segundo muletazo,  
se cae el primer becerro

Un remate del Niño  
de la Palma, en su  
segundo novillo



Andaluz, ejecu-  
tando un quite



Los cabestros lleván-  
dose al ¿novillo?...



ANTONIO CASERO



# El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

## PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON

Año II -:- Madrid, 1 de agosto de 1945 -:- Núm. 59



### EL ÚLTIMO TORO DE LA FERIA DE VALENCIA

Acaba de morir el último toro. Novena corrida de esta gran Feria valenciana. Las mulillas cierran en el postrer arrastre el éxito de la fiesta (Fot. Vidal)



**E**N el tiempo al menos, la temporada taurina comienza a declinar a partir de la Feria valenciana, que es el cenit esplendoroso. Que era, mejor dicho, porque en este año de 1945 que tan triunfal nos prometíamos para la Fiesta nacional ha sido un bache, una lamentable experiencia del funesto ensayo a base de pocos nombres, muchos espectáculos, precios elevadísimos y... ¡sin toros!

Sin toros, sí, señores; pues dejando aparte la última corrida de don Félix Moréno, que ha estado en el peso e inchuso en la edad, las otras ocho han

salido a un promedio de veinte arrobas menos dos kilos.

Así ha ocurrido lo que tenía que ocurrir: que la Plaza sólo se llenó una tarde, que sepamos, la de la reaparición de Ortega. (De la última celebrada el pasado domingo no tenemos a estas horas noticias de lo que ocurrió en este aspecto.)

Pero ya es bastante que un pueblo tan rico y rumboso como es el valenciano se retraiga de la manera que lo ha hecho en nada menos que siete corridas de las nueve anunciadas. Y no se debe achacar sólo este fracaso al cubileteo que desgraciadas circunstancias impusieron a la Empresa, que al fin y al cabo sólo se quedó en una baja definitiva: la de Manolete. Acháquese más bien —y que éste sea el primer síntoma de una saludable reacción— a la falta de trapío de los toros, que en Valencia era conocida por haberse cumplido la tradicional ceremonia del desencajonamiento. El público no pudo resistir, sin desanimarse, la salida al redondel de tanto astado sin astas, sin presencia, sin fuerza, sin nada de lo que, al menos en apariencia, deben tener los toros.

En el último número de EL RUEDO, como sin duda ocurrirá en éste, vimos una serie de instantáneas en las que los toros no llegan con sus lomos, ni mucho menos, a la cintura de los diestros. Luego, en la parte literaria —y tan literaria!—, nos encontramos con los triunfos apoteósicos, con los cortes de orejas, rabos y patas.

Este ha sido el cenit de la temporada, cuando la madrileña está liquidada y cuando en provincias van a bajar la cuenta con una serie de famosas ferias en las que, como en Valencia, se ponen en juego tan sólo dos o tres nombres de diestros.

Los alegres empresarios, que tan pingües negocios se proponían para este año, no habían contado con el que al fin los sostiene a ellos, a los diestros, a los ganaderos y a la Fiesta en suma: con el público. No habían contado, mejor dicho, con las posibilidades económicas del público, y, naturalmente, les han fallado.

Confemos aún, sin embargo. Quedan muchas corridas por lidiar y es posible que en algunas salgan toros de verdad y que los triunfadores del novillo revaliden con ellos sus éxitos, se hagan dignos de tantos trofeos obtenidos, de tantas salidas en hombros, de tantas apoteosis callejeras. Porque no andaban muy bien en temporadas anteriores las cosas del toro, pero es que ahora andan mal, muy mal. Se hablaba con ira y desdén de las veintidós arrobas; ahora ¡ni siquiera llegamos a las veinte!

# La corrida del domingo en MADRID



NOVILLOS DE HOYO DE LA GITANA, PARA MANOLO NAVARRO, NIÑO DE LA PALMA Y ANDALUZ CHICO

## LA SEMANA EN LAS VENTAS

### LA AGOYA DE LOS NOVILLEROS

Por LL CACHETERO

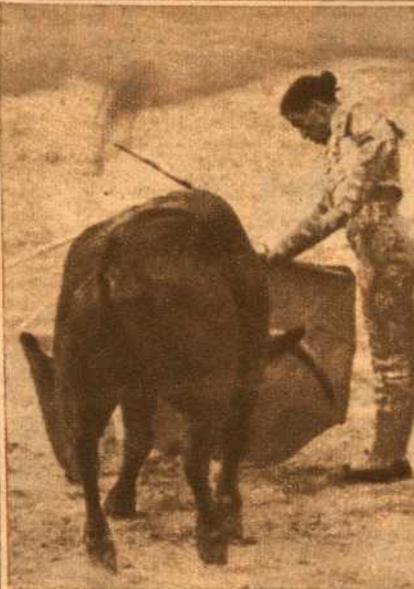
La torería ha cambiado en muchas cosas, es verdad; pero ninguna tan sintomática como la de su agudamiento hacia los extremos radicales: o todo o nada. Entre el primite y el debutante, de traje alquilado, hay una distancia, sin duda, pero no hay reposo ni gradación. Todos andan subiendo o bajando con un vértigo que asusta. Un debutante se pone en figura con una tarde. Un torero de cartel se hunde con un soplo en la cima del fracaso. Han desaparecido aquellos escalones sólidos e intermedios que si se subían o bajaban eran despaciosamente, con meollo y ceniza suficiente: el matador de las treinta corridas, de las veinte o de las quince, por algunos años; el matador "del abono de Madrid", con su limpio decoro y buen oficio, que si acababan por sumirse, no lo era sin haber dado de sí todo lo que podían. Y, sobre todo, han desaparecido los novilleros.

No hay novilleros, amigos; hay sólo diestros que torear novilladas; principiantes que, salvo el milagro, van al fracaso rapidísimo en una carrera escasa, sin suficiencia para alternativa, sin festejos que los plaeen. Llevamos cinco meses de temporada, y puede preguntarse: ¿qué ha salido? ¿Qué hay de aquel fluir de los cuatro o cinco hacia la investidura de matadores del novillero "novedad" de todos los años, del par reposado que si iban a la alternativa sin clase excepcional, iban con la papeleta bien pisada y aprendida? ¿Qué hay de aquellos novillos que en cuatro temporadas habían toreado veinte veces en Madrid, sin deslumbrar, pero con el sabor del buen oficio?

La novillada ha desaparecido. La ha matado el extraordinarismo, que se llevó a los novillos para torearlos como toros. Antes había también una gradación en el ganado. Ahora no es posible, porque aun en las corridas de toros suele verse que el privar a los bichos de un par de arrobos, o el que no salgan limpios de lámina, convierten aquello en una becerrada gremial. No hay novillos, y porque esos son los toros, no los venden los ganaderos; el público sólo quiere lo extraordinario, y no se solaza en los maticos intermedios que tenía el toro, y he aquí que, cuando se les vaya la novidad, sin revelación positiva hasta ahora a los novilleros mejicanos, tendremos que se habrá cegado la fuente de la torería.

Quedarán los diestros de incubadora, los familiares, los que se hacen en tentaderos. La verdad es que pocos o ninguno han resultado hasta ahora, gracias a Dios. Quedarán esos héroes actuales que son los novilleros que torear, que tienen que conseguir "todo" — "todo" son las setenta corridas — en una campaña, para los que la alternativa es una cima que los traga; pero hacia la que han de ir a velocidad de metro, so pena de no torear ni de novilleros.

Sólo así se explica que haya novilleros, como se explica que haya jugadores. Al azar, sin la más mínima de las seguridades. Bien está que el torero tenga la inseguridad que proporciona el toro; pero mal está que en los conocimientos, en el oficio, sirvan para nada. Aquí, todos Manolites, o nada, parece ser el lema. En este clima tan extramista, ha desaparecido todo el andamiaje del toreo. Uno ha visto torear en una semana a R. dondo, Alvarez Pelayo, Balderas, Navarro, el joven Niño y al Andaluz novillero. Todos tiernos, todos sin hilvanar, con más o menos clase relativa. Y todos ellos han de jugarse el porvenir en unos meses. El porvenir de ser Manolites o nada, nada, nada. Y apenas ver que por culpa de cómo está el toreo de histórico, estén a dos dedos de lo último, pasados, y alguno sin barba todavía, porque el toreo de ahora no tenga escalones, sino aire donde sólo los aviones vuelan.



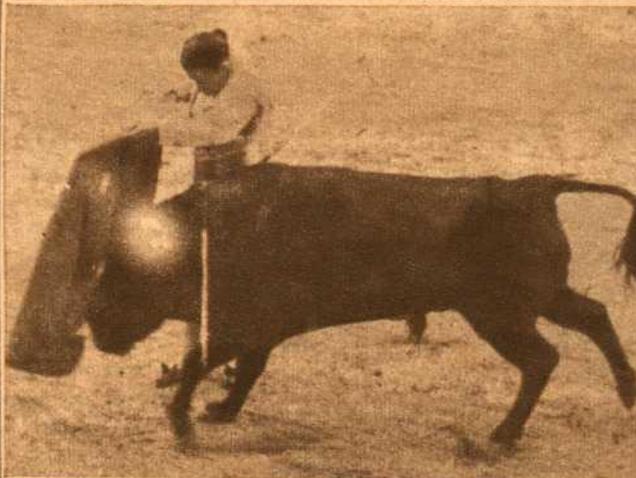
Manolo Navarro, toreado de muleta en la novillada del domingo pasado, en las Ventas



Niño de la Palma, toreado de capa, de frente por detrás, en su segundo novillo



Andaluz Chico toreado por naturales, en la faena que hizo a su segundo novillo



El Niño de la Palma, en un pase de pecho a su segundo



Navarro, toreado por naturales con temple y con mando, a uno de sus novillos



Andaluz Chico, ajustándose en una templadísima chincelina, en uno de los grandes quites que hizo



Manolo Navarro, lanceando de capa, en la novillada del domingo en las Ventas

# DESPUES DE LA CORRIDA

**El sobrero, de Escudero, no era para lograr un éxito, dijo NAVARRO**  
**No siempre llega el triunfo completo cuando uno quiere, opina el NINO DE LA PALMA**  
**El novillo de mi presentación estaba lleno de dificultades, afirma ANDALUZ CHICO**

CUANDO ARRILLO al cuarto ocupado por Manolo, este se halla ya en pie y en disposición de abandonar el hotel. Todavía le rodean los amigos más recalcitrantes, dispuestos por lo visto a no abandonar a su idolo en toda la noche.

Ignoro si este muchacho continuará por mucho tiempo inasequible al envejecimiento. Hasta ahora lo veo manifestarse con una modestia que rezuma sinceridad y que le permite sonreír sin jactancia ante las dificultades para hacer del obstáculo espina y acicate.

—Mi primer astado —añade— era un toro de creta. De salida lo demostró, y yo creí a pie juntillas que no se iría entero al desolladero.

—Entonces, ¿cómo explica que la realidad fuera muy otra?

—Por acabar con los arrestos que saco —añade— me puyazo. Allí se acabó el toro. Empezó a caer, y ya el público se desentendió de cuanto se hiciera con un animal carente de pelea y peligro.

—¿En cuanto el toro de Escudero...?

—Además de ser un toro viejo con mucho sentido, fué defectuosamente castigado en el tercio de varas, por cuyo motivo llegó a la muleta con mucho nervio y poderío. No pude dar ligazón a mis muletazos por el defecto apuntado, y mi enemigo fué a más en el transcurso de la lidia. A mi entender, no era toro para cuajar el éxito. Tampoco debo ocultar a la bondadosa atención madrileña —la primera en alentarme— que a partir de la cornada recibida en mi anterior actuación, no he logrado todavía centrarme en mi sitio, pero esto lo lograré así como toros por provincias un par de corridas.

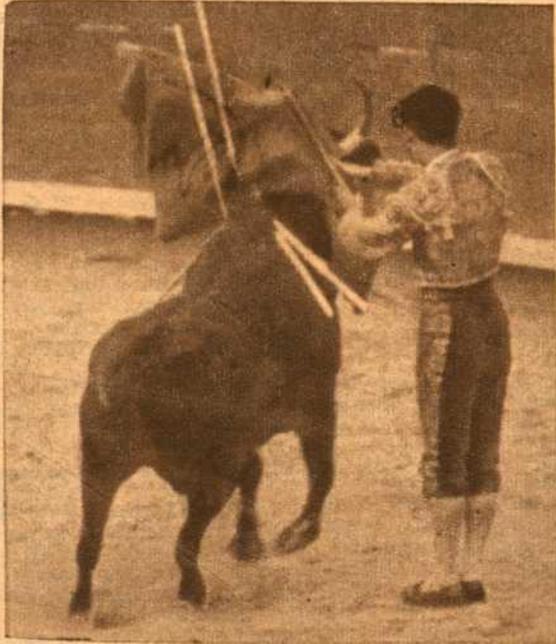
## NIÑO DE LA PALMA

Llegó a su domicilio y la portera me advierte que el torero y su familia se hallan en casa de un amigo cuyas señas desconozco.

Me acordé mal que cuando me hallaba con el Andaluz, recibí éste una llamada telefónica de su compañero Cayetano, y por el hilo...

El hijo del portero de Ronda quiso hurtar a su madre la pesadumbre de la despedida, y sin previo aviso se atavió y desvistió en casa de un buen y servicial amigo.

Por el porrazo recibido en su segundo bicho, Cayetano hubo de guardar reposo, teniendo que demorar su regreso al domicilio familiar. Pero ni el fuerte varetazo, ni la regular commoción visceral recibidas le impedían charlar animadamente con



Luis Alvarez, Andaluz Chico, en un muletazo por alto

los seres queridos rodeando la cama en que descansaba.

—¿Mis impresiones quiere usted? Pues ahí van, tal y como las siento, sin tiempo para componer bonitas parrufadas.

Aun cuando los hechos no hayan rodado del todo a la medida de mis deseos, yo no he salido del todo descontento. Satisfecho por completo sólo lo estaré el día que logre salir en hombros por la puerta grande de la Monumental de Madrid.

No siempre se puede triunfar cuando uno quiere, y esta tarde, por atropellarme yo mismo con el toro al intentar sacarle el pase de pecho, recibí el fuerte palanazo que me restó ánimo y facultades. Ni aun la visita al ruedo pude concluir, pues notaba que las piernas se resistían a sostenerme.

Antes de marcharme, Cayetano me presenta a su hermano Juanito, un chaval de quince años que recientemente

visité por vez primera el traje de luces para armar un alboroto en la Plaza de Ronda.

—¿Reverdecen estos chicos los laureles conquistados por su padre? El empeño no es tarea fácil, pero tampoco imposible.

## ANDALUZ CHICO

Luis Alvarez lamentó de que en la tarde de más come promiso le hubiera venido a tocar el toro más difícil de cuantos lleva lidiados hasta la fecha.

—La faena —explicó— jamás puede esperarse con un toro togeado. Se puede hacer en el toro bronco, pero nunca con bichos que nudan en vez de arrancarse.

—Esa faena fué esperada por el público en el que cerró la corrida.

—Lo picaron con tibieza, y así llegó a la muleta embistiendo arribá, sin meter una sola vez el morro en el engaño.

Al ocurrírseme continuar que el fuerte del hermano de Manolo estribe en el primer tercio, salta vivamente el apoderado para rectificarme:

—No lo crea usted. Su inteligencia acostumbra a ponerla de evidencia al manejar la muleta, y yo me atrevo a vaticinar que muy pronto podrán comprobarlo los aficionados madrileños...

F. MENDO

# BANDERILLAS DE FUEGO

Por ALFREDO MARQUERIE



Manolo Navarro

Lo mejor de la novillada fué el quite de el Andaluz. Todo el público lo dijo y lo repitió largamente, con voz de eco tozudo.

¡Qué qui tud, qué temple, qué finura, qué dominio de los tiempos del lance en ese quite inolvidable!

El calor abría en el tándido de sol el paréntesis de las localidades vacías.

El Niño de la Palma parecía un chico de pueblo, sano y grandullón. Pero de pronto, tuvo el gesto y rasgo de verdadera hombría, que le transformó en torerito valiente, con un golpe en el pecho y un rictus de dolor, y con voluntad de hacer faena.

Navarro brindó como tirando la piedra de la montera al lago del callejón. Esta enterado, pero le falta un poco de valor.



Niño de la Palma

Cuando el primer toro se caía, un espectador dijo: "Hay que sujetarle con alfileres en el aire."

¡Buenos adonios, filagranas, trabescos, salillas y desplantes, los de el Andaluz! Y, sobre todo, aquel quite al quinto novillo...

Salen los picadores bajo el caballo derribado como galápagos sin concha.

El mozo de espada moja el capote del maestro como si regara un macizo de flores

Los "monos" pegan con sus varas en la barrera: alabarderos de la lidia.



Andaluz Chico

Y el quite de el Andaluz, que nos obsesiona como un moscón pegajoso del verano.

Cuando el toro va a caer, los peones abren con sus capotes el embozo de la muerte.

¿Hemos dicho alguna vez que lo mejor de la corrida fue el quite de el Andaluz?

## A LA SEÑORITA CONCHITA CINTRÓN

# FLEXIBLE COMO UNA JUNCIA

Por JOSE CARLOS DE LUNA



Conchita Cintrón en un lucido muletazo

**E**STA muchacha, flexible como una juncia y fina como el coral, de ojos entre grises y zarcos, que afirman la voluntad que pregonan el mentón, moldeado en copa murrina, es ya tan popular en España como el matador de toros más casabiero o campanudo. Y nos da la clave de su popularizada simpatía esa página de información granca, que es la última admiración en el número 57 de esta revista, correspondiente al 18 del pasado julio.

Conchita Cintrón, a caballo, nos gana a todos con su desentada escuela y valiente acometividad, más que por los primores del arte. Todo este concepto se rendía a su gracia, un poco huero de sentido, abriéndose paso violentamente entre la maraña de la hombruna pelea. Pero lo que de verdad nos captaba era saber que, pie a tierra de su cabalión sabino, torea como el

mejor entre los buenos. Y creyendo sin reservas a los que así lo aseguraron, sentíamos hacia ella una interesada admiración, no sabiendo a ciencia cierta si la despertaba el adobo torero o el aroma sutil de su femineidad encantadora; ya saboreado lo primero, aseguramos sin titubeos que nos captó lo segundo. Cada cual opine a su antojo.

Valiente, serena y «estatuaria» se muestra, a los que no tuvieron la dicha de verla en la Plaza de Vista Alegre —cuando la fiesta particularmente particularizada—, en las ocho fotos que reproduce EL RUEDO. Todas, menos la del absurdo molinete, pequeño sacramento de quicio a cuenta de lo que corre, son bellísimas estampas en las que casi nos parece que toma más parte la «cortesía» del toro —así va de sometido y dominado— que la ciencia de la lidiadora: perfección, armonía y reposo.

Un par de horas diarias nos pasaríamos, a gusto, viendo torear a la señorita Cintrón, y nada nos importarían los novillejos chicos, sin cuernos ni instinto: ¡es tan mona, tan flexible, tan graciosa!... Tanto, tanto, que nos atrevemos a proponerle sirva su sal en salvilla de plata. ¿Por qué ha de hacerlo en dornillo de chaparro, vistiéndose a lo hombre de campo, hasta con zahones, por si llueve —¡Dios lo quisiera!—, y botinas a lo currutaco rural y caballista?

Diréis: «Porque la modalidad artística en que se exhibe es patrimonio de hombres, y así vestida, mejor la imita.»

Bueno, pues yo digo lo contrario; con las naturales restricciones a cuenta del enemigo..., ¡del otro componente de las estampas!... ¡¡Caramba, del toro!!

—¿Pero qué va a hacer la señorita Cintrón? Si antes se nos muestra como un centauro, ¿quiere usted que se vista —a lo Frégoli— una falda y una blusilla de seda para rematar pie a tierra?

Tiene usted razón, y quédese con la perra gorda; pero, a cuenta de lo dicho, insistimos, atreviéndonos a proponer a esta gentil muchacha dos cosas, seguramente absurdas, y que ella disculpará sin enojo porque las dicta la devoción a su gracia femenina.

Primera: Que intente el rejoneo vestida y montada a usanza de mujer, ya que su sexo no pasó de moda. Quizá, y sin quizá, se dificulte la ejecución; pero ¡qué notabilísima y graciosa novedad entrañaría que triunfara en tal intento la que ha demostrado admirable competencia y excepcionales condiciones!

Segundo ruego: Señorita Cintrón, no puede calcularse qué daríamos los aficionados por ocho fotografías, parejas a las publicadas, en que usted luciera su natural atuendo de hembra. Con el contento de admirarla en su salsa, tal vez proporcionara una lección gráfica de mucho valor y trascendencia.

Aseguro a usted que estos ruegos van tan empapados en buena fe como lo estamos de admiración y simpatía hacia su grácil personilla. Y vea la prueba irrecusable en que jamás se nos ocurrió, ni se nos ocurrirá, porque sería ofensivo, aconsejar a un torero profesional este cambio de indumentaria: nos basta con no llamarlos «estatuarios» para salir del mal paso en que pueda meternos la crítica.

A sus pies, que beso, señorita Conchita Cintrón. Sus piecitos sin botinas de estezado y sin tanques de corcho, a los que cuadrarían zapaticos majos, de tafilete, que se los ofrendamos llenos de piporos.

## E F E M E R I D E S

# DE MIERCOLES A MARTES

Por J. HERNANDEZ-PETIT

AGOSTO

1

MIERCOLES

**G**UERRITA comentó: «De Lagartijo... no le digo a usted más que una cosa! Y es que le andan las moscas por la cara y no se las quita. Pa mí que el pobre no vive un mes.» Pasó el mes y, efectivamente, el 1 de agosto de 1900, murió en Córdoba—calle del Osario, núm. 10—Rafael el Grande, el Magno, el Califa, aquél que con solo «bhar» el capote al brazo arrancaba una ovación de la infinidad de partidarios que en todas las plazas tuvo por su elegancia, por su arte y por sus arrestos. Una enfermedad decaída dió al traste con el mejor torero de la última mitad del pasado siglo. Había nacido el 27 de noviembre de 1841. El 15 de octubre de 1865 tomó la alternativa en Madrid, de manos de Cayetano Sanz, actuando como testigo Garrido. Se despidió del público, en cinco corridas, el año 1899. El arte le dió alas y se fué al cielo.

También a finales de siglo brilló con luz de estrella fugaz—¡cómo estoy hoy!—Hipólito Sánchez Sevillano, primo de Carrito, hijo de una hermana de Ochoas, dicen que hubiera sido otro Lagartijo. Rival del señor Fernando el Gallo, cuatro veces, en solo el mes de julio de 1874; armaron ambos grandes alborotos. Por más señas, el 5, 12, 19 y 26. También el 2 de agosto de aquel mismo año salió a la Plaza Hipólito dispuesto a demostrar quién era. En el segundo y en el quinto se le aplaudió con frenesí. Por último, trazó en la arena un círculo con la espada, y gritó: ¡Voy a recibir! Pero al arrancarse de improviso el de Murube, lo que recibió fue una mejor dicho, dos tremendas cornadas, que si no acabaron con su vida, terminaron con sus facultades y con su gran arte apenas nacido. Frascuelo le dió la alternativa el 28 de Marzo de 1875. Pero tuvo que renunciar a ella y contentarse con volver a ser banderillero.

Pasamos a escribir de Mariano Tornero. Era tan asiduo concurrente al Teatro Real como a las Plazas de toros en el último cuarto del siglo anterior. Actuaba, como el anterior, de banderillero. Murió en un barco inglés. ¡Vaya cock-tail. Especificaré. El 3 de agosto de 1885 se preparaba a banderillar en la Plaza gaditana de San Roque, cuando resbaló y cayó. Capirote, de Anastasio Martín, se conocó que se dijo: «Esta es la mía.» Y le metió con ganas un cuerno por el costado derecho. Después de una cura provisional, fué trasladado a Puente Mayorga, para ser conducido a continuación por mar a Cádiz. Pero en el vapor James Haynes expiró.

Al llegar aquí, uno mi felicitación a las que sin duda recibirá, el día 4 de agosto, Domingo González, ex matador y empresario. Nació en Quismundo, pueblo de Toledo, en el mencionado día del año 1896. Si por su arte brilló a gran altura, él fué quien descubrió y lanzó, entre otros diestros, a Cagancho, Domingo Ortega y Rafael Albaicín. Hoy cifra su orgullo en sus tres hijos. Le felicitamos nuevamente y le deseamos que vea colmadas sus aspiraciones.

Cumplido este deber de cortesía y cordialmente agradecido a mi vez, a las afectuosas palabras con que el gran aficionado, don Enrique Rodiño me obsequia—en algún lugar tenía que decirlo—, paso a escribir de Rafael Sánchez «Bebe», a quien la afición designó un día sucesor de Frascuelo. Lo mismo que anteriormente hiciera con Guerrita, para continuador de las glorias de Lagartijo. A las estocadas de «Bebe»—a quien llegó a llamarse Sánchez II—las denominaron frascuelinas, y a su toro salvadoreño. Así las cosas, el 5 de agosto de 1888, el ruedo de la Plaza de Cartagena fué testigo de la tragada. Alternaban Frascuelo y Guerrita. Salvador, en el cuarto toro, tuvo que ingresar en la enfermería, a causa de vivos dolores en el antebrazo. (Cornada de Galeota, el 17 de mayo de 1897, en Barcelona.) «Bebe», al salir el quinto quiso recibirle con un cambio de rodillas. Pero en el momento el toro en la suerte y, a resultas de una cornada en el muslo izquierdo, los cirujanos dictaminaron, veinte días después, que era preciso cortar la pierna. Mutilado y con nueve mil duros que le fueron entregados por una corrida en que, a beneficio suyo, alternaron Lagartijo, Frascuelo y Guerrita, se retiró a Córdoba, su tierra, donde murió el 20 de enero de 1928.

No quiero seguir adelante sin consignar que también el 5 de agosto, —1923— tomó la alternativa, en Vitoria, el gran matador Luis Fuentes Bejarano, que hoy vive retirado en Sevilla. El 6 de agosto de 1922 tomó la alternativa en San Sebastián el recordman de las orejas en Madrid, el valiente y pundonoroso baturro Nicandro Villalta, a quien, por mediación de EL RUEDO, me place enviar un abrazo.

Y vamos con Cayetano Sanz, que nació el 7 de agosto de 1821—en la Arganzuela, como el gran aficionado, número uno de los operadores de cine españoles y «matador» de chotos, Alfredo Fraile, Cayetano discípulo de Capita, actuó en la cuadrilla de Chiclanero. «Toreando de capa no hubo quien le aventajara.» Dominaba la verónica, el lance de frente por detrás, la navarra, la tijera... Debía de ser casi como Manolo Escudero con el percal y cual Pep Luis de filigranero con la franela. Sólo que, también como el de San Bernardo rara vez se decidía a dar el do de pecho. Porque... es más fácil torear y matar hijos de los cuernos. Como de Manolo y de Pepe Luis, aun con todo, yo hubiera sido uno de sus partidarios.

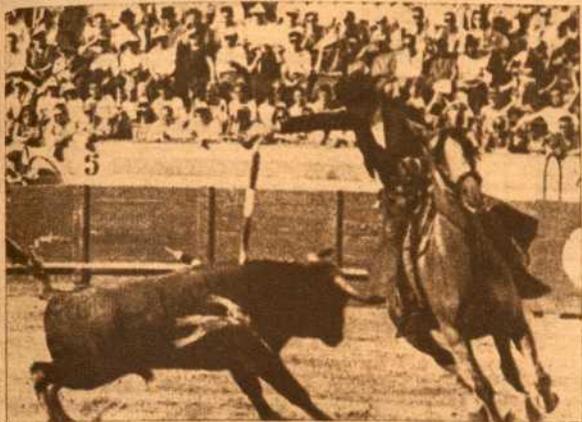
AGOSTO

7

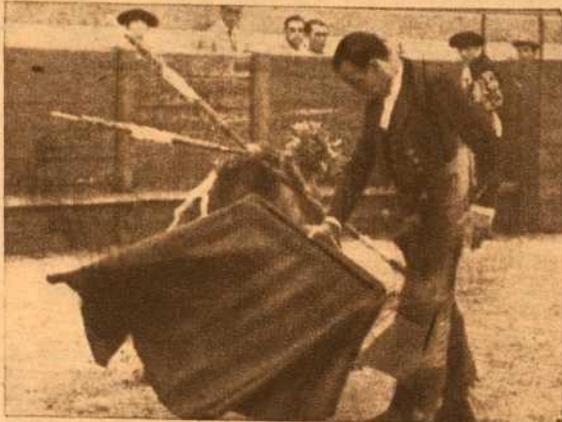
MARTES

# LA CORRIDA DE PALMA DE MALLORCA

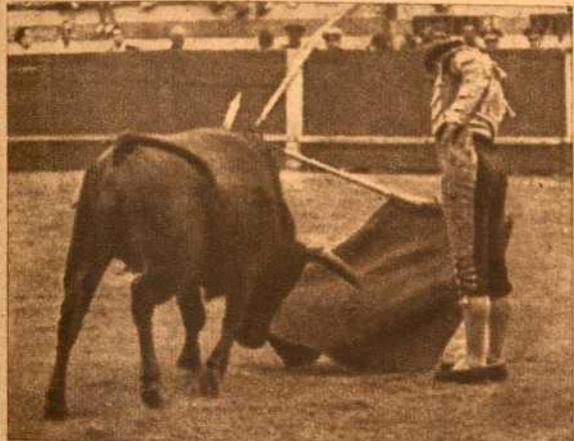
## ALVARO DOMEQ, Pericás, Arruza y Pepín Martín Vázquez



Alvaro Domecq, clavando un rejón, en la corrida del domingo, en Palma



Toreando de muleta, durante la faena que hizo ple a tierra, Domecq



Jaime Pericás, en un momento de su faena de muleta



Pericás, en la corrida de Palma, toreando de rodillas



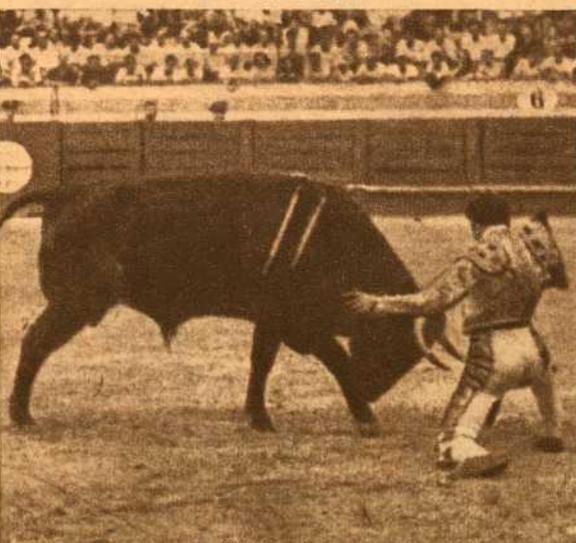
Carlos Arruza, en un emocionante momento de su faena de muleta



Un natural, del diestro mejicano, en la corrida de Palma



Pepín Martín Vázquez, en un derechazo suave y mandón



Pepín Martín Vázquez, con una rodilla en tierra, toreando de muleta (Fots. Valls)

# EL TIEMPO ES ORO

## EN AVION para llegar pronto a BARCELONA



Carlos Arruza, Alvaro Domecq y Alfonso Martínez en un momento de su travesía aérea Palma de Mallorca- Barcelona



Alvaro Domecq y Andrés Gago, apoderado de Arruza, descendiendo del avión



Alfonso Martínez y Carlos Arruza, a su llegada al aeropuerto de Prat

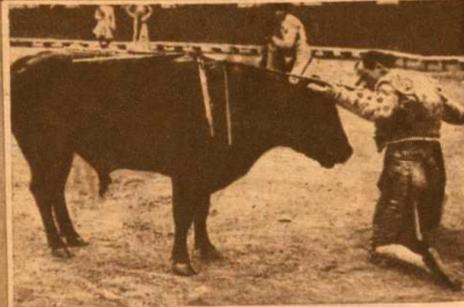


Pepín Martín Vázquez, sonriente al descender del avión (Fots. Valls)

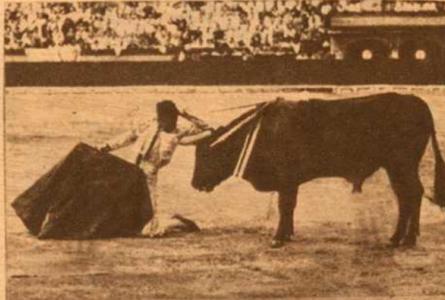
# REPORTAJE GRAFICO DE LAS CORRIDAS DE LA FERIA DE VALENCIA



Carlos Arruza, después de su gran triunfo en la sexta corrida de Valencia



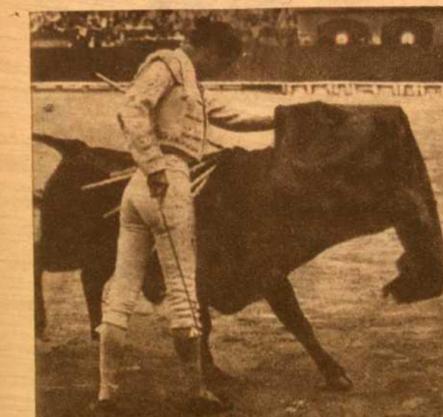
Arruza, adornándose en su segundo, durante la faena de muleta



Carlos Arruza, en un temerario adorno, en la gran faena de su segundo, del que cortó las orejas, el rabo y una pata



El diestro mejicano saca a los medfos, a compararsu gran triunfo, al mayoral de la ganadería



Arruza, en un muleta por alto, a su primera



Un natural de Arruza, en su faena de muleta, a su primer toro



Un pase por alto del mejicano, en la sexta de Feria de Valencia

## RESUMEN de las seis últimas

La cuestión ganada no varió lo más mínimo. Las corridas siguieron siendo escasas, y alguna hubo que llegó a escasez. Se dió el caso insólito de que, en pleno ruedo, fue desechado un toro colorado por su pequeñez, y tres días después, para completar una corrida, se incluyó al coloradito de marras, que se lidió, aun con las protestas de una minoría de espectadores que le reconocieron. Las reses de don Rogelio Miguel del Corral tuvieron genio, mucha casta y algún nervio. Las de don Leopoldo L. de Clairac se dejaron torear, así como las de Alipio Pérez T. Sánchez, y las de los Herederos de doña María Montalvo. De las de don Joaquín P. Buendía, se ovacionó el arrastre de una de ellas y el mayoral de la ganadería dió la vuelta al ruedo, invitado por Carlos Arruza.

Don Alvaro Domecq toreó tres tardes y en las tres obtuvo éxito sin precedentes. Mató a sus tres enemigos de un ríjonazo a cada uno, después de hacer gala y lucir las maravillas de su arte a caballo.

Grandes ovaciones premiaron su extraordinaria labor y se le concedieron orejas y un rabo, con vueltas al ruedo y saludos desde el tercio.

Carlos Arruza, de estas seis corridas ha toreado cuatro, que con las tres primeras suman siete tardes de éxitos grandes y merecidos.

Las ovaciones que ha escuchado han sido incontables, y buena prueba de su triunfo es el siguiente dato: en siete tardes ha cortado quince orejas, tres rabos y dos patas. Ha vestido siete trajes y los siete los sacó de la plaza manchados de sangre de los toros.

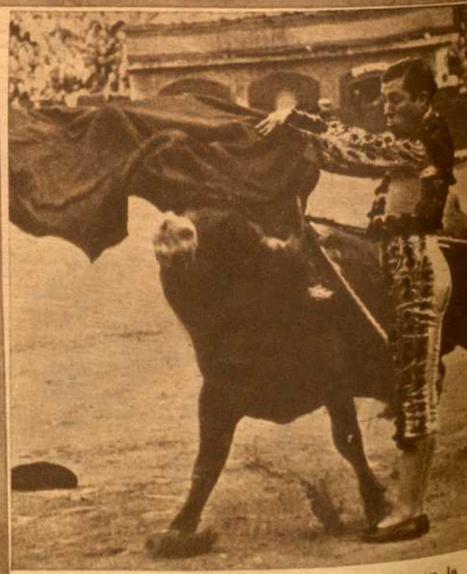
Manuel Alvarez, Andalúz, toreó dos de las seis corridas y puso una vez más de manifiesto su clase y el porqué se le quiere y se le admira en Valencia, donde cuenta con muchos adeptos. Esto lo sabe Andalúz y por esto, ante los valencianos, sale siempre a quedar bien, y en cuanto los toros se prestan lo consigue.

El Estudiante tomó parte en el festejo del día 25, lidiando toros de Clairac. Se las tuvo que entender con un toro soso y tonto, que pasaba y repasaba sin darle importancia a nada.

El Choni ha sido la víctima de los sorteos. En cuanto ha habido sustituciones en el ganado, a él le correspondían, y siempre para seguir perdiendo.

Pero al Choni no le ha importado esto, y siempre que ha toreado, ha sido para estar valentísimo y torear muy bien. Lo primero lo ha puesto de manifiesto con las volteretas sufridas, y lo segundo, por las grandiosas ovaciones que ha escuchado al lancear, al hacer quites y al matar.

Su éxito culminó en la corrida del día 28, en la que le cortó las dos orejas a un toro de Montalvo, y fue despedido con una gran ovación, después de matar, la misma tarde, un toro difícil de don Amador Santos. El domingo substituyó a Pepín, y en el último de la feria alcanzó otro éxito, grandioso, con corte de oreja.



Pepín Martín Vázquez, en un pase por alto, en la tercera de Feria

## RESUMEN de las seis últimas

hacemos referencia. Parrita ya había triunfado en las anteriores. Parrita ejecutó, entre grandes ovaciones, un faenón de los suyos, prodigando naturales con naturalidad. Aguado de Castro se hizo ovacionar en sus dos toros y para ello toreó con suavidad, temple y mató bien.

Los tardes toreó Pepín Martín Vázquez y el sevillano, nervio, valor y simpatía, del último toro de la corrida el 27 se llevó las dos orejas, entre clamorosas ovaciones.

El joven diestro sevillano estuvo torerísimo y temerario, sobre todo en un desplante de rodillas, en el que, dejando muleta y estoque en el suelo, cogió con cada mano uno de los pitones de la res, y así se mantuvo en tierra un gran rato.

Lorenzo Garza toreó una sola tarde, y el mejicano, con su peculiar estilo de echarse los toros al costado y de muletar con gran facilidad con la izquierda, con la que dió, entre los dos toros, diecisiete naturales, se hizo ovacionar con largueza, y tuvo que saludar desde el tercio para corresponder al entusiasmo de los espectadores. Al dar el segundo lance de capa a su primer toro, sufrió un fortísimo golpe en el vientre.

Al también mejicano Fermín Rivera se le ovacionó y cortó una oreja, contra viento y marea, y decimos esto porque el público, que ha soportado la lidia de muchos toros chicos, se enfadó de repente, y promovió un fuerte escándalo, en el segundo enemigo de la primera de las corridas toradas por Fermín.

El presidente, que sabía mejor que nadie la sinrazón de esa tardía protesta, mantuvo al bicho en el ruedo, y Fermín, que ya había cortado una oreja al segundo de la tarde, volvió a banderillar superiormente como superiormente muletó y mató, logrando otra oreja y otra vuelta al ruedo, con saludo desde el tercio.

El diestro cumplió con su obligación de matar al toro, y además, lo hizo todo colosalmente.

El domingo, en su segunda salida a este ruedo, en estos días, escuchó ovaciones fuertes y grandiosas al banderillar y hacer una gran faena de muleta.

Ortega toreó la corrida del día 27 y la última de la feria. De cómo estuvo Ortega, de cómo hizo gala de su inimitable arte y de su innegable facilidad, dan buena prueba las tres orejas y el rabo, que cortó entre ensordecedoras ovaciones.

Gritos de asombro y de entusiasmo jalonaron el maravilloso toreo de Ortega, que en la séptima corrida triunfó plenamente.

En la otra, el ganado de Saitillo no tuvo buenas condiciones, y el segundo de Ortega se arrancaba mal, a causa, sin duda, de que llevaba clavado el hierro de una puya en el morrillo.

Ortega dominó a los dos con su facilidad, y mató pronto.

Conchita Cintrón, a cada par de banderillas y a cada rejón, escuchó ovaciones, que estallaron rotundas, y todos lamentaban el no verla actuar pie a tierra.

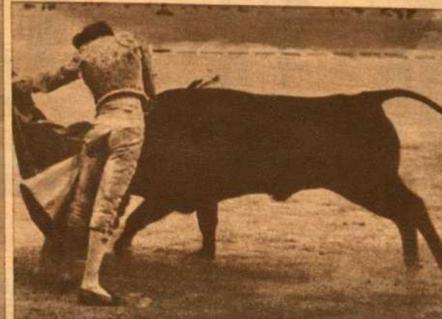
Conchita Cintrón, a cada par de banderillas y a cada rejón, escuchó ovaciones, que estallaron rotundas, y todos lamentaban el no verla actuar pie a tierra.



Otro momento de la faena de muleta de Pepín Martín Vázquez



Parrita, en un derechazo con temple y con mando, en la Feria valenciana



Aguado de Castro, en un quite por verónicas



Pepín Martín Vázquez toreando de muleta, durante la faena de su primer toro



Alvaro Domecq, a la salida de un gran par de banderillas



Domecq, con la oreja que cortó, recogiendo los aplausos de los espectadores



El Choni, toreando de muleta, en la cuarta de Feria valenciana



Manuel Alvarez, Andalúz, en un momento de su faena en la cuarta de Feria (Fots. Vidal)

# REPORTAJE GRAFICO de las CORRIDAS de la FERIA DE VALENCIA



Domingo Ortega, con las orejas y los rabos que cortó en la séptima de Feria



Fermin Rivera, que cortó la oreja a su segundo en la octava de Valencia



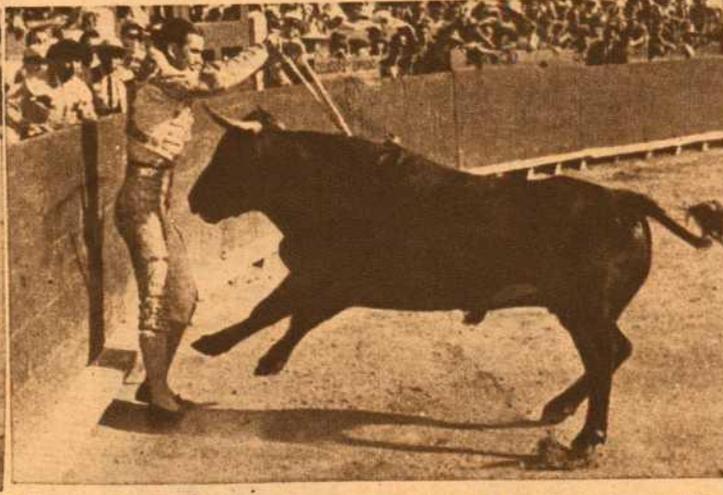
Pepin Martin Vázquez después de su triunfo



El Choni, con la oreja que cortó en la octava de Feria



Domingo Ortega, en un momento de su gran faena.



Carlos Arruza, en un emocionante par de banderillas



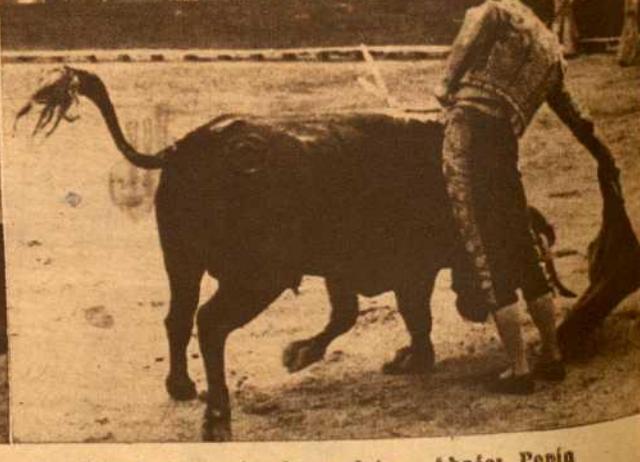
Un natural de Ortega en su primer foro



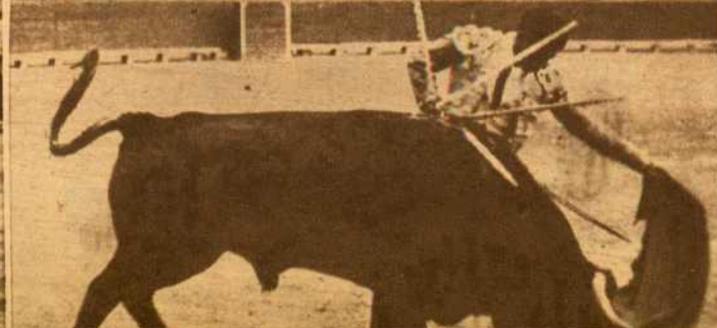
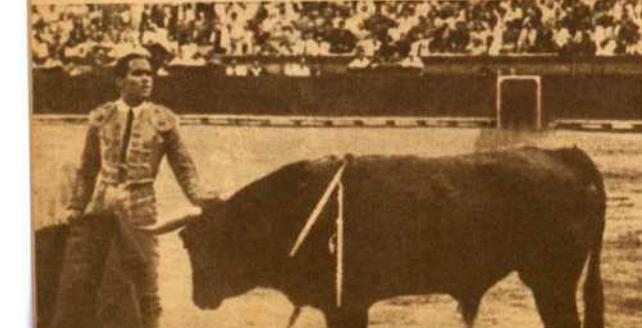
Fermin Rivera, en un muletazo.—Abajo: El Andaluz, en un desplante

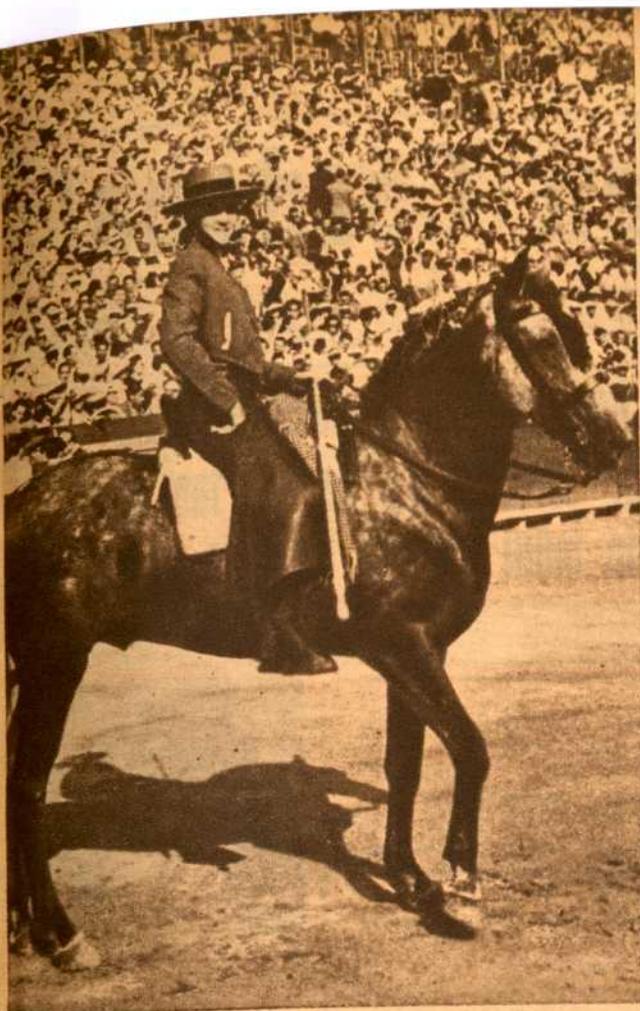


Lorenzo Garza, en un derechazo.—Abajo: Garza, en un natural



El Choni, torcando de muleta.—Abajo: Pepin Martin Vázquez, por naturales (Fots. Vidal)

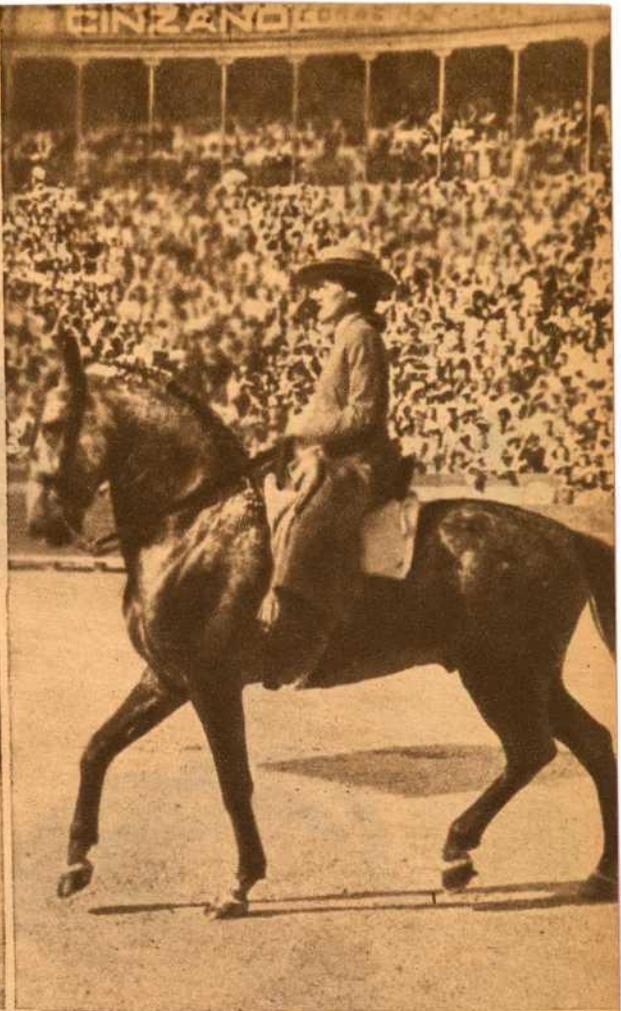




Conchita Cintrón, en la Feria Valenciana



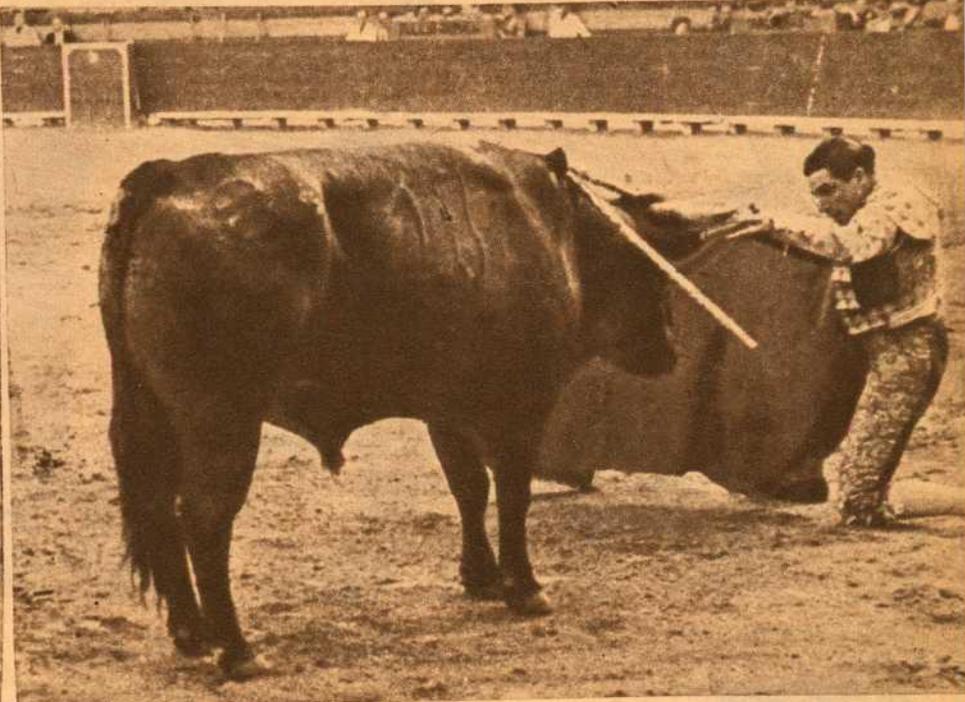
La rejoneadora peruana dando la vuelta al ruedo



Haciendo el paseo en la novena de Feria



Domingo Ortega, toreando de mulets, durante la faena a su primero, en la novena corrida valenciana



Fermín Rivera, adornándose, en un momento de su actuación en la misma corrida



El Choni.—Abajo: El diestro valenciano, en un natural



Conchita Cintrón, en su toro.—Abajo: Un gran par de la gentil rejoneadora



Domingo Ortega y Fermín Rivera, pasando de mulets por manolettinas (Foto. Vidal)



# ¡Josú!... ¡Cómo estarán en Córdoba!



Doña Angustias Sánchez, madre de Manolete, piensa en el calor que tendrán sus paisanos en Córdoba



Dolores, la sobrina de Manolete, que se llama Lola...

**D**ONA Angustias Sánchez, madre de Manuel Rodríguez, Manolete, se pasa el día entero, de su veraneo en San Sebastián, asomada al balcón de sus espléndidas habitaciones, que dan al mar.

—¿Qué tal el verano?—la preguntamos.  
—Pero, ¿a esto le llama usted verano?—nos contesta—. El verano es aquello de Córdoba, donde se asan los pájaros..., y de Madrid... Porque al venir para acá estuve dos días en Madrid, para ver a mi hijo, y allí no se podía respirar. En cambio, aquí..., ¡si en San Sebastián hace frío!... Mire; yo, cada tres minutos, mientras disfruto de esta hermosa temperatura, no hago más que decirme:

—¡Josú!... ¡Cómo estarán en Córdoba!

—¿Es usted cordobesa?

—No, señor. Yo soy de Albacete; pero cuando tenía cinco años, me llevaron pa Córdoba, y allí me casé y tuve mis maridos y mis hijos.

—¿Maridos?

—Pues sí, señor; dos maridos. Mi primer esposo fué el torero Rafael Molina, Lagartijo.

jo, y cuando me quedé viuda volví a casarme con otro torero: Manuel Rodríguez, Manolete.

—¿Cuántos hijos ha tenido?

—Del primero, cuatro hijas. Del segundo, un hijo, Manuel, y una hija. Tengo también una porción de nietas.

—¿Cuándo empezó a torear su hijo?

—De chiquitillo. Fíjese cuál sería el ambiente de la casa.

—¿Le enseñó su padre a torear?

**Esposa de dos toreros y madre de otro**  
"Yo le dejé ser torero! ¡Lo llevaba tan dentro que hubiera sido inútil hacerle cambiar de idea"

## ILUSION DEL PADRE POR QUE FUERA TORERO MANOLO

—No puede, realmente, decirse eso, por que cuando murió su padre, Manolo sólo tenía cinco años. Pero la verdad es que ya estaba ilusionado con que el chico pudiera serlo. Mire usted —añade complaciéndose en la evocación del recuerdo—: Cuando Manolo tenía cuatro años, su padre le decía:

—Te doy una gorda si me toreas.

—Y el chiquillo cogía una servilleta, mientras su padre le acometía, para decirme luego satisfecho y orgulloso:

—¿Lo ves, Angustias?... ¡Hay que nacer con ello!

Entran en la habitación tres simpáticas mocitas.

—Son mis nietas. Hijas de una hija y sobrinas de Manolo, por tanto. Esta es Dolores...

Dolores interrumpe al ver que anotamos:

—Por *Dió*; no me ponga *Dolore*... Me llamo Lola.

—Esta—prosigue su abuela—es Encarnación...

—Por su *salú*—protesta la interesada—; me llamo Encarna.

—Y ésta—termina la presentación—es Rafaela.

—Eso tampoco lo ponga. Nadie me ha llamado así nunca. Yo soy Rafi...

Se generaliza la conversación:

—¿Son ustedes aficionadas a los toros?—preguntamos.

**NO HEMOS VISTO UNA CORRIDA...**

—Ni yo ni mis nietas hemos visto una corrida.

—¿Ni una?...

—Lo que se dice ni una. Tenía yo quince años cuando me pidió relaciones Rafael Molina, y me casé muy joven. Por eso, no fui nunca a una corrida. Casada luego con otro torero, la Plaza seguía siendo mi enemiga. Y no le digo nada teniendo a mi hijo torero. Ya sé que Manolo está muy segu-



Encarnación, otra de las sobrinas...



Mi primer esposo —dice la madre de Manolete— fué Lagartijo. El segundo, Manuel Rodríguez...

# Con la madre de MANOLETE, en San Sebastián

**"Ni mis nietas ni yo hemos visto todavía una corrida de toros. ¡Ni la veremos!"**

ro con los toros y que Dios le protege; pero, ¡esos bichitos dan muchos disgustos!

—Y ustedes, ¿no han querido ver a su tío?

—Sí—nos responde Rati—; quisiéramos, pero no nos atrevemos.

—Una vez—dice Encarna—estuvimos en Córdoba en un festival de los artilleros, donde toreó el tío. Nos llevamos un susto terrible. No hicimos más que llorar.

—Llorar y sacar el pañuelo—dice Lola—. Sacábamos el pañuelo instintivamente, como queriendo hacer señas al tío para que no se arrimara; pero no faltó un malange que dijera:

—Mire las sobrinas... Están pidiendo la oreja.

—¿Cómo dejó usted que Manuel fuera torero?—preguntamos a doña Angustias.

—Yo le dejé ser torero..., ¡porque iba a ser lo que quisiera! A los siete años de edad, le metí interno en el Colegio de Salesianos de Córdoba. El director, don Sebastián Pastor, decía que era muy aplicado, muy formal y muy prudente. Apenas cumplidos los doce años, dijo que él iba a ser torero y no quería estudiar más.

—¿Dónde hizo el aprendizaje?

—En los tentaderos. Manuel no anduvo nunca por las carreteras. Zurito lo llevaba a las tiendas y le daba lecciones. Cuando veía una becerra a propósito, le gritaba:

—¡Echate, Manolo!

## EN CORDOBA DEBUTO EN UNA NOCTURNA

—Así aprendió, y debutó en Córdoba en una nocturna.

—¿Qué hace usted el día de la corrida?

—El día que Manolo tiene toros, lo paso rezando a la Virgen de los Dolores, sobre todo durante las horas de la corrida.

—¿Cuál es la devoción de Manuel?

—La Virgen de los Dolores y San Rafael. No va una sola vez a Córdoba que no haga una visita a



La madre del diestro cordobés, con las sobrinas, vistas en la habitación del hotel donostiarra en que se hospedan (Fots. Marín)

la llegada y para despedirse a la iglesia de los Dolores. Para torear, lleva siempre puesta una medalla de San Rafael y de la Dolorosa.

—¿Le llama por teléfono al acabar la corrida?

—No, señor. No puede.

—¿Que no puede? ¿Por qué?

—Porque en casa no tenemos teléfono. Es una manía de mi hijo, que dice así no le molestan. Pero después de la corrida telefona Camará a su casa, y nos pasan en seguida el aviso. Alguna vez, cuando Manolo ha tenido algún percance, lo que hago es irme a vivir a casa

de Camará para poder hablar por teléfono a todas horas.

—¿Está usted contenta por el próximo viaje de su hijo a América?

«YO QUISIERA QUE SE RETIRARA DE LOS TOROS.»

—No, señor. Sé que no hay más remedio...; pero yo quisiera que no toreará más; que se retirara de los toros, porque, como le decía antes, esos bichitos dan muchos disgustos.

—¿Tiene novia Manuel?

—Novia..., no le conocemos ninguna. Por lo menos, una novia... No, no tiene.

—¿Qué vida hace en Córdoba?

—Cuando va a casa, se entrega por completo a la vida de familia. Por la mañana no sale, y por la tarde acude a la tertulia de algunos amigos, retirándose muy pronto.

Hablamos después de San Sebastián, que ha cautivado a la madre y a las hermanas del torero.

—Nosotras—dicen las tres señoritas—no habíamos visto nunca el mar. ¡Parece mentira que haya tanta agua en la tierra! ...

—¿No han ido a La Concha?

—Sí. Y nos hemos bañado. Al principio, teníamos un miedo terrible.

—Pero las sobrinas de Manolete—ríe Encarna—no podían tener miedo.

Doña Angustias, asomada al balcón, aspira la suave brisa de esta preciosa tarde, y, pensando en su Andalucía, exclama en un suspiro, que es como un regusto:

—¡Jasú! ¡Cómo estarán en Córdoba!

ALFREDO R. ANTIGÜEDAD



Rafaela, conocida por Rati, la tercera sobrina del cordobés



La familia de Manolete, sorprendida por nuestro fotógrafo en San Sebastián, durante el veraneo

# La AUTENTICA FIGURA de la FERIA VALENCIANA



**A**L conjuro del nombre de Domingo Ortega, y por primera vez en la feria valenciana de 1945, se puso el cartel de "No hay billetes" en las taquillas.

En esa tarde, de incesantes aclamaciones para nuestra primera figura del toreo, Domingo Ortega cortó tres orejas y un rabo a sus enemigos.

¿Consecuencia?

Que el toreo puro y auténtico se impone siempre. Y el toreo auténtico y puro se ha refugiado en el capote y en la muleta de Domingo Ortega.

¿Saben ustedes la diferencia de intensidad y de calidad luminosas que hay del fenómeno denominado relámpago al astro rey que llamamos sol?

Pues, eso.

Todos los fenómenos son fugaces.

El sol es la vida.

¿Recuerdan la coplilla popular?:

*¿Cómo quiés contimparar  
un charco con una fuente?  
Sale el sol, se seca el charco  
y la fuente permanece...*

Pues eso, otra vez.

Sol y fuente, mejor que fuente, manantial purísimo de la esencia taurina es el arte de Domingo Ortega.

Ríanse ustedes de los gustos de la afición moderna y de todas las monstruosidades que inventa una literatura taurina cuesta abajo, y aténganse a la realidad.

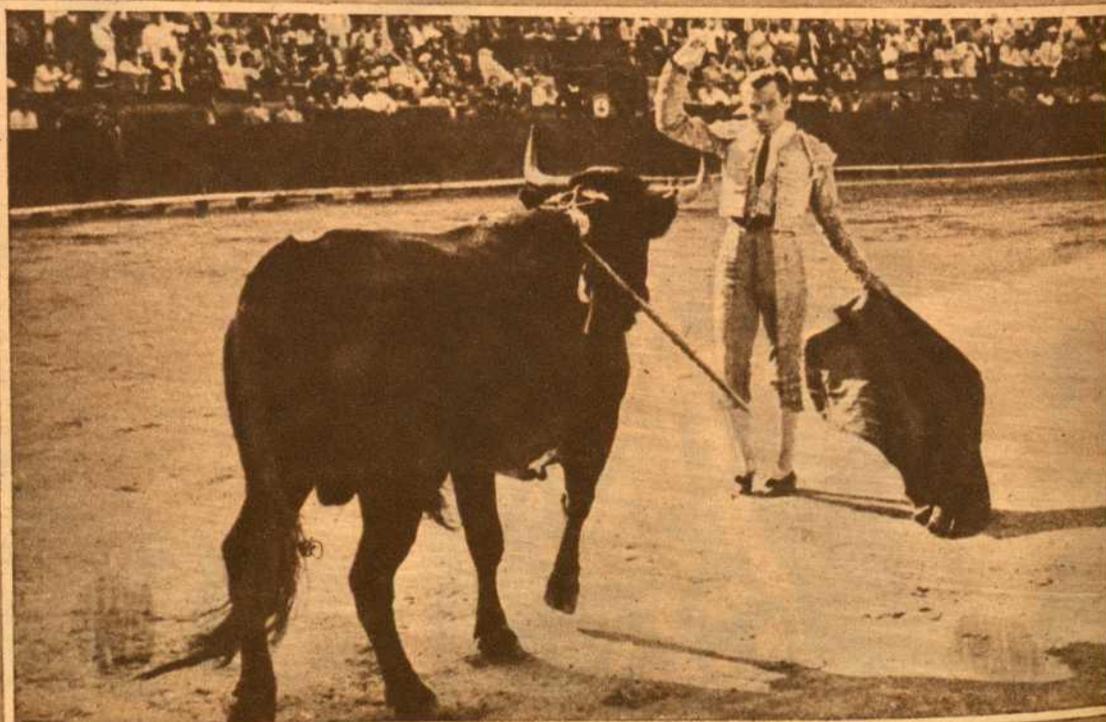
Y la realidad de la feria valenciana fué, como dejamos dicho, que la única tarde en que se

puso el cartel de "No hay billetes" fué aquella en la que toreó Domingo Ortega...

Vean ustedes cómo está esa foto del sol el día de la presentación de Ortega en Valencia.

El sol, lleno, en los tendidos.

El sol del toreo, lleno de arte y de gracia torera, en el ruedo Domingo Ortega. Nada, ni nadie más.





Manuel Jiménez, Chicuelo, en la conversación que sostiene con nuestro redactor, durante su estancia en Madrid (Foto. Mari)

## VEINTISEIS AÑOS DE ALTERNATIVA

# "La muerte de mi hijo me ha alejado de los toros esta temporada"

## Con CHICUELO, a su paso por Madrid

### "Una tarde en Valencia inventé la "chicuelina"



Chicuelo en el adorno que popularizó y que fué concebido una tarde en la Plaza de Valencia, alternando con el infortunado Manolo Granero

#### CHICUELO

De entonces a estos días han pasado veintiséis años. Los que lleva de figura.

—¿Hasta cuándo?  
—Hasta los sesenta —nos decía, cuando dimos con él por Madrid, en el viaje que ha realizado últimamente.

Para Madrid fué algo inolvidable la tarde del año 1928. Los veintitantos naturales, en varios tiempos, emborrachándose de toro, y la gente gritando entusiasmada, dejó una fecha en la historia del torero y de la fiesta.

Chicuelo actuó solamente un año de novillero. En 1919 se presentó, en el mes de febrero en la Plaza de Barcelona. En septiembre del ese mismo año confirmaba en Sevilla, alternando con Juan y Manolo Belmonte. Una corrida correspondiente a la Feria de San Miguel, en competencia con otra corrida de ocho toros organizada por la Empresa de la otra Plaza de Sevilla.

Al siguiente, o sea en 1920, se organiza la corrida de la Prensa. Ya tiene Chicuelo un gran cartel y es solicitado para tomar parte. Ocho toros para Rafael (El Gallo), Juan Belmonte, Fortuna y Chicuelo, confirmando la alternativa que le dió Juan en Sevilla.

Su nombre va en auge. No queda una feria ni un cartel en que no figure. Los años 1924, 25 y 26 se embarca para Méjico. Allí triunfa rotundamente, sobre todo en el 1925. Tuvo mucha suerte, y los éxitos continuados lo llevaron a torear dieciséis corridas en la Plaza de El Torib.

Y triunfador vuelve a España, hasta que en 1928 le sorprende la fortuna en Madrid, después de no haber tenido suerte en sus anteriores actuaciones. Chicuelo ha dado veintitantos naturales ¡... exclamaban los testigos de la gran faena. Y nueve tardes sin interrupción actúa en la Plaza de Madrid.

#### JON GAONA Y JOSELITO

Una vez reseñada la parte más interesante de su pasado, hablemos de lo actual, en relación con su época, que data de 1920. Cuando por los ruedos alternaba con las máximas figuras que ha tenido nuestra fiesta.

Chicuelo es persona de conversación muy corta cuando el tema es de toros. Teme más a lo que pueda interpretarse que si tuviera enfrente a un toro de muchas arrobas.

Cuando le invitamos a que nos relate sucedidos, la impresión que le produce el toreo actual, la opinión que tiene de los estilos, mueve la cabeza. Lo piensa mucho, y concluye por decir:

—Eso no... Mire qué luego...

—¿Ha toreado usted mucho...?

—Soy persona que no siento afición por las estadísticas. Pero en los veintiséis años de matador de toros, los bichos que han doblado han sido muchos. Digo veintiséis, porque los otros dos que estuve como aficionado, lidiando con cerros sin picar, no cuentan en estadística. En España y Méjico alcanzo la etapa

de Rodolfo Gaona. Con Joselito alterné en seis corridas; con Juan Belmonte, mucho.

—¿No habrá perdido la afición?

—Eso no. Porque siento aun deseos de vestirme. Pero no este año.

#### NO ME HE RETIRADO. ME ALEJE ESTE AÑO

Chicuelo ha estado apartado de la fiesta esta temporada. Ha tenido contratos; pero todo lo alijazó. Y ha sido la muerte de su hijo de doce años lo que ha recluso al sevillano en su casa, junto a su esposa y los seis hijos que le quedan.

—Ha minado mucho mi ánimo lo del "niño". Y no he querido saber nada de nada. Hago una vida muy retraída, sin salir ni en Sevilla. Nadie me ve apenas. Si acaso, pasadas las ocho de la tarde.

—¿Pero piensa ya en su retirada? ¿Va a continuar?

—Ahora me voy a Alcalá de Guadaíra con la chiquillería. Como en la presente temporada no pensaba actuar no he cogido ni un capote. Pero puede decir que Chicuelo sigue y que piensa torear. Ahora que este año, nada.

#### SATISFECHO DE LA AFICION GRANDE QUE HAY

Chicuelo no puede olvidar sus tiempos. Ni a los aficionados de entonces, en su minor cantidad y grandes exigencias. Hoy la fiesta ha tomado otros rumbos, y él está contento, satisfecho, porque va en beneficio de sus compañeros de profesión.

Manolo Jiménez no pierde una corrida en Sevilla. Es lo único que él tiene como distracción. Porque la afición no matere. Vive en su interior y no puede desahogarse.

—Eso lo mantendrá siempre —nos decía.

—¿Y le gusta lo de hoy...?

—Para mí, todo es bueno. Sólo con estar en la Plaza.

#### ANTES NO SE PODIAN CORTAR OREJAS A TODOS LOS TOROS

Siempre es interesante la opinión de los antiguos. Ellos han nacido para el toreo en épocas distintas. Y enlazaron aquella con ésta. Por lo tanto lo que diga Chicuelo tendrá siempre un valor inmenso para

el aficionado, sin que ello suponga ingerirse en censor de estilos y formas.

No quiero decir nada. Es de mucha responsabilidad, a juicio de Manolo, el que se interpretará mal.

—¿Cómo encuentra usted el toreo de hoy?

Mucha pelea y muy duro de luchar. No puedo enjuiciar, porque estoy muy apartado y no conozco a la mayoría de los que actúan. Vivo única y exclusivamente para mi familia.

—¿Y del toro?

—Que aquéllos hubieran podido torear como los de hoy a estos precios, y a la inversa, los actuales, al toro de entonces, con el estilo de la época. Antes no se podían cortar orejas a todos los toros...

#### COMO NACIO LA CHICUELINA. EN UN QUISTE DEL TORO DE GRANERO

—El toro era de Granero, en una corrida de Valencia—comienza explicándonos Chicuelo—. Pertenece a Guadalest, y completaba el cartel Varrilito. Ya habían actuado ellos en los quites, maravillosamente, y la gente esperaba nerviosa mi intervención. Primeramente di un lance giré, y a la vuelta, cinco o seis chicuelinas, improvisadamente, sin saber lo que hacía. La gente se volcó cuando, con las manos arriba, porque así es realmente, completaba el tercio de quites, superando lo de mis compañeros.

—Entonces, ¿fué todo improvisación?

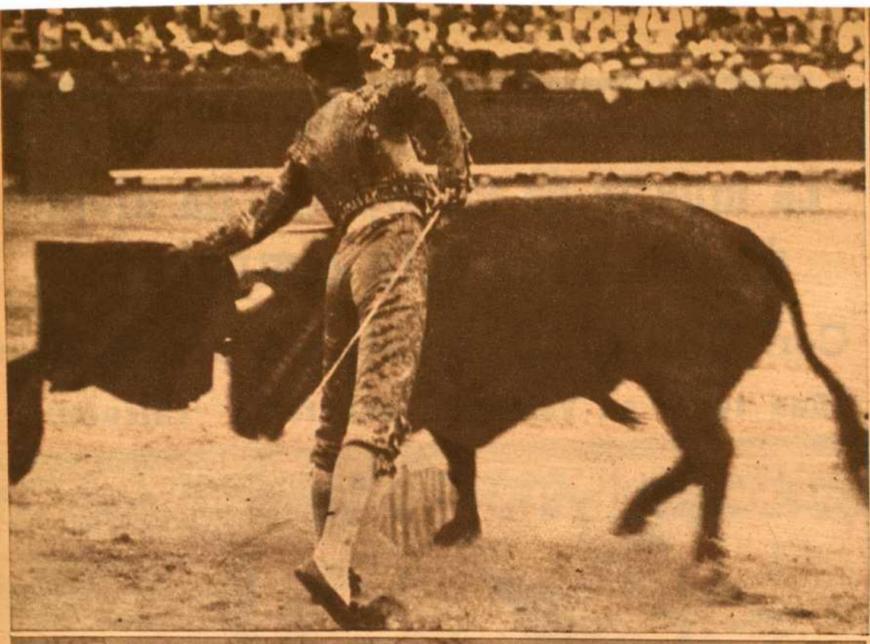
—Como que a los ocho días no me acordaba... Y tuve que empezar a recordar, para seguir prodigando el adorno que había salido tan bien. Eso fué la chicuelina, y por escenario, el ruedo de Valencia.

\*\*\*

Alejado momentáneamente, pero con la idea de actuar en la próxima temporada, Chicuelo ha venido unos días a Madrid, saliendo del retiro que se ha impuesto. El arreglo de unos asuntos de sus fincas le ha sacado de Sevilla. Y aquí, entre abrazos de amigos y recuerdos gratos de la tauromaquia, Manuel Jiménez evoca tardes de gran pasión.

JOSE CARRASCO





Joselito, toreando por naturales en la Plaza de Valencia. A la derecha: Joselito, haciendo el pasillo, la tarde que mató él solo seis toros en Valencia

# JOSELITO

APUNTES PARA UNA BIOGRAFIA por FELIPE SAS:ONE



Joselito, en su famoso pase del kikiriki.

un hombre muy cuidadoso de su aseo personal, por temor a despertar con los pies hinchados de cansancio, de tal suerte que no pudiera calzarse, se acostaba con los botos puestos. Entonces suspendía la faena ya mediada la tarde, para reanudarla al día siguiente a la misma hora, a fin de poder

aquella noche buscar el sedante de un baño tibio y dormir a pierna suelta, y nunca mejor empleada la frase, esto es, no sólo desnudo el cuerpo, sino descalzo de pie y pierna. Desde que preludiva la primavera, por el abril de la feria sevillana, hasta que mediaba el otoño, vivía una vida sobria y dura, durmiendo en trenes y automóviles, porque toreaba muchas corridas y en todas las Plazas de España, y sin gustar más placer que el placer del aplauso, y si mi pluma fuera capaz de un eufemismo elegante que no encuentro, aun pudiera contar cómo se inventó cilicios atroces para defender una castidad heroica. Algunas veces le repetí bromeando tres endecasílabos de Rubén Darío...

*«Dalila engaña y corta los cabellos: no pierda el fuerte el rayo de su brazo por ser esclavo de unos ojos negros.»*

El sonreía triste y exclamaba: —¡No hay más remedio! ¡Hay que poderle al toro! Porque se ayudaba a sí mismo con el tesón y el fuego sagrado de su voluntad y de su fervor, llegó a ser, como fué, un prodigio que sólo la Muerte deshace. Cuanto se había olvidado, desde la retirada de Guerrita, y que sólo de cuando en cuando reaparecía fugazmente, según ya se dijo, en Manuel Bienvenida padre, en el hijo de Juan Molina y en Rafael el Gallo, resurgió, aumentado y constante, en la manera, si no nueva, renovada de José Gómez Ortega. Rafael, por ejemplo, había convertido en una larga cambiada de rodillas el quiebro famoso del señor Fernando, y José lo devolvió a su esencia, cambiando con el capote recogido; Bienvenida y Lagartijo II, y también Rafael Gómez, recordaban, a ratos, el pase natural por abajo, que yacía desterrado por el pase alto, y José lo prodigó ajustándose más al enemigo, aunque al principio, antes de competir con Belmonte, adelantase la pierna izquierda, la de la salida, y se pasase al toro por la cadera y no por delante. Pero de como trató ahora de estudiar a Joselito solo, en lo que

significaba renovación y no creación de un torero nuevo, que ésta sólo la cumplió con Belmonte, no he de insistir en la forma del pase natural, que Joselito cambió después, como echó abajo los dos modos toreando de capa, que lo hacía al modo antiguo y con la antigua variedad y mudó después, para superar a su modelo, cuando Rodolfo Gaona y Juan Belmonte devolvieron a España la manera de lancear de capa que se había llevado a Méjico Antonio Montes, y que aun, en tierras del Perú, conservaban algunos discípulos de Carancha que no habían alcanzado celebridad en su patria. Vuelvo, pues, a Joselito solo, a Joselito renovador, antes de Belmonte creador.

Los peones de aquellos años, 1912 y 13, prodigaban el capote a dos manos, yéndose a los costados del toro, y Joselito resucitó el bregar en línea recta, corriendo de espaldas, abierto el capote de frente, a la misma altura las dos manos, tirando del toro con suavidad, enseñándole a embestir y sin dejarle enganchar el engaño, y renovó el toro a una mano, y a sus órdenes, bajo su mando y por su ejemplo, tuvo el arte peones de brega como Cantimpías y Magritas. Todo ese buen lidiar y el que trajeron después Rafaelillo y David, y aun cultivan Boni, Cerrajillas, el hijo de Pinturas y otros muchos que escapan a mi memoria, tuvo su renovado origen en la manera de José. Con los palos en la mano, vista de lince y agilidad de ardilla, él enseñó otra vez, cómo, con un solo peón que lograra irse de los toros prontamente —Blanquet, que otra virtud no tenía—, le era posible al buen banderillero encontrar toro en todas partes, sin más preparativos ni cajotazos. En cuanto al toro de muleta, por lo que se refiere a sujetar y dominar, obligando a los toros con el cuerpo y trasteando sobre las piernas, volvió al pase con las dos manos por los dos lados, y afianzó e hizo más eficaz y frecuente la manera de Ricardo Torres Bombita, y por lo que atañía a la plasticidad y el adorno, siguió el ejemplo, donde toda su estirpe, de su hermano Rafael, si bien hay que precisar que el primogénito fué siempre más gracioso, más ágil de muñeca y más lento con los toros que se dejaban torear. Creo haber dicho ya, a lo largo de estas páginas, que Guerrita había acelerado el ritmo de Lagartijo; y pensando en ello, afirmo, aun reconociendo el sentido artístico, de reminiscencia vaga, que tuvo la afirmación de «Don Pío», que quien había resucitado en Galito V no era

Rafael Molina, sino Rafael Guerra. Joselito fué, sobre todo al principio, un torero violento, a quien le gustaba castigar y dominar al enemigo, sin darle nunca ninguna ventaja; su toro fué siempre de dominio y no de entrega, y por eso Guerrita fué el más decidido de sus partidarios, porque apenas le vio encontró reproducida en él su manera de entender la pelea con el toro. Todo esto no excluye, ni en Guerrita, ni mucho menos en Joselito, el cultivo del toro de adorno y de las suertes más difíciles, y así, por lo que se refiere al segundo, puede asegurarse que muchas veces olvidó su cautela y la cambió en temeridad. Queda de ello prueba escrita en los periódicos de la época, en los primeros años de actuación de José, y yo recuerdo, porque he consultado documentos fehacientes, que el 6 de junio de 1913 puso José en los medios de la Plaza de Madrid tres pares y medio al quiebro, quebrando, por consiguiente, cuatro veces, siempre por el lado derecho, y mató a ese toro citándolo a recibir y recibiendo dos veces de un pinchazo y una estocada, y todos los revisteros estuvieron conformes en reconocer la perfección y el arrojo de dichas suertes.

El año de su alternativa, 1912, no tuvo José suerte en Madrid: le reprocharon al principio que torease demasiado con la mano derecha; le afeaban la manera de tirarse a matar, aunque las estocadas eran certeras, y hasta algún ciego, olvidado de aquella sentencia latina: *similia similibus curantur*, que vale tanto en medicina como en tauroaquia, juzgó torpeza en Joselito lo que era sabiduría, cuando, para desengañar a un toro que humillaba y se metía por debajo, siguió toreándole por bajo hasta corregirle el defecto. Pero el año de 1913 fué proclamado por varios críticos el mejor torero de su época y en las columnas de ABC le llamaron reiteradamente «José I el sabio». Joselito estaba solo. Aquel año había llegado a Madrid como novillero Juan Belmonte, y al público le pareció un torero que toreaba más cerca que nadie, pero más temerario que artista.

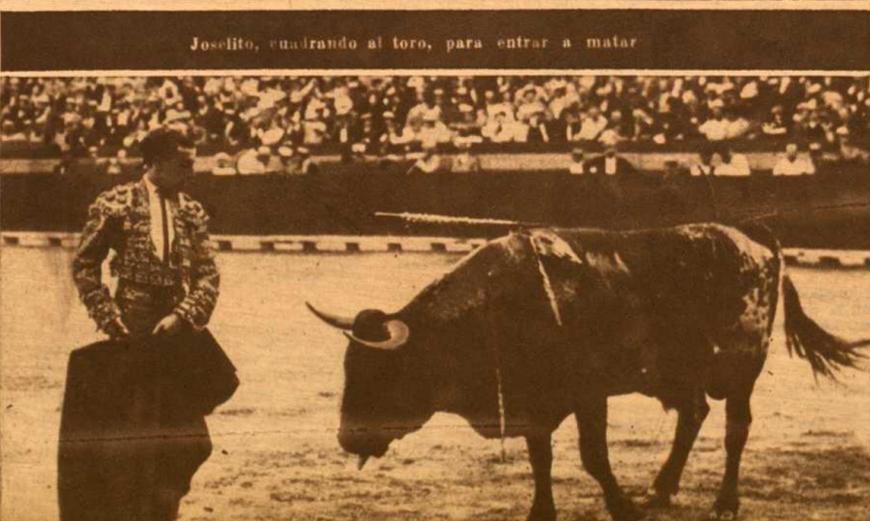
(Sigue en el próximo número)

(Continuación del capítulo VII)

No inventaba Joselito el toro; lo resucitaba, insisto, porque la invención, la creación nueva, vino después, cuando el nombre de José se unió al de Juan para marcarle al arte de torear un rumbo distinto más lleno de peligro y de belleza.

¿Cómo toreaba Joselito, resucitador del toro antes de la aparición de Juan Belmonte?

Empecemos por el principio: Joselito era hombre de campo y plaza, de a pie y de a caballo; conocía los toros, los estudiaba, analizaba sus menores movimientos, sabía todas las faenas que pudieran hacerse con garrocha y con banderillas, con el capote tan sólo y con estoque y muleta, y mandaba en todos los toros, en todos los toreros y en todo momento. Era lo que se llama un director de lidia, que llevaba a los picadores a la suerte y ponía en ella a la res en el sitio exacto y preciso; era un lidiador completo, un torero largo, el más largo y completo de todas las épocas. He dicho que era un hombre, y en verdad, cuando tomó la alternativa en Madrid, era apenas un niño; pero un niño gigante, con un hondo sentido de su arte, prodigiosos el instinto y el poder de asimilación, derecha y porfiada la voluntad e indomable el amor propio. Lo sacrificaba todo al anhelo de saber más que el primero y a la codicia, noble codicia, de ser el primero en su arte. Nació torero, vivió torero, murió torero. Sabía que para ser, además de un buen torero, un gran torero, hacía falta reunir las condiciones de un atleta, y pensó siempre que la mejor gimnasia era el ejercicio constante de su profesión. Durante los meses del invierno en que no vestía el traje de luces, se iba al campo para no perder la destreza y el hábito, y también para contrarrestar el efecto de las comidas abundantes —era glotón y dado a los placeres de la mesa— con que sólo en la época de reposo podía regalarse, no sin luchar continuamente con los trastornos biliosos que le aquejaban con frecuencia y con su marcada propensión a la obesidad. Durante el invierno, en algunas jornadas toreaba toda la mañana, desde que rayaba el alba, y algunas noches, aunque era



Joselito, cuadrando al toro, para entrar a matar

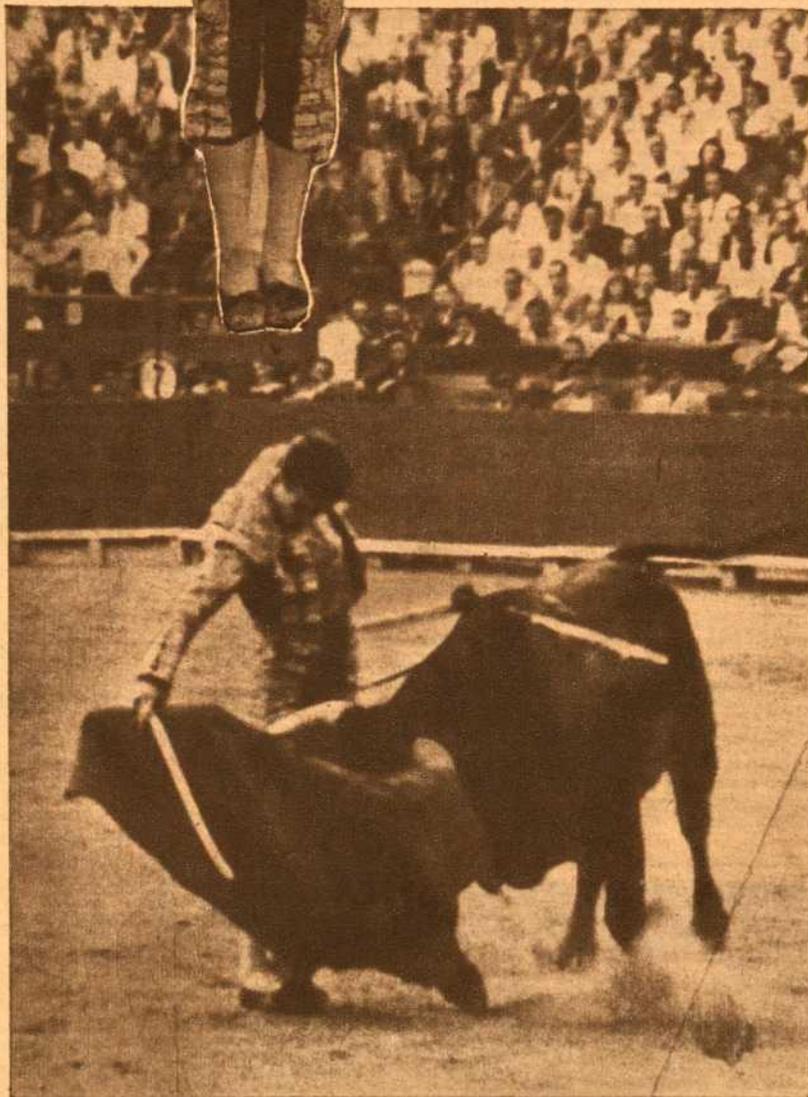


Una gran estocada de Joselito, la tarde que mató los seis toros en la Plaza de Valencia

# El CHONI



**TRIUNFADOR  
en la FERIA  
de VALENCIA**



Con sus cinco actuaciones en Valencia —dos de ellas fuera de contrato—, Jaime Marco, El Choni, se ha hecho ya indiscutible como primerísima figura del toreo.

El gran torero valenciano, que con Arruza ha compartido la responsabilidad y el éxito de tan importante acontecimiento taurino, ha conquistado, con sus siete orejas cortadas, los mayores triunfos que se han registrado en esta temporada.

**EL DOMINGO, EN BARCELONA**

**CURRO CARO  
ARRUZA  
EL ANDALUZ**



Curro Caro, durante su faena de muleta en la corrida del domingo en Barcelona



El Andaluz, en un momento de su faena de muleta a su primero



Carlos Arruza, en un lance de capa en la corrida de Barcelona (Fotos Valló)



## ROMANCES DE LA TORERIA

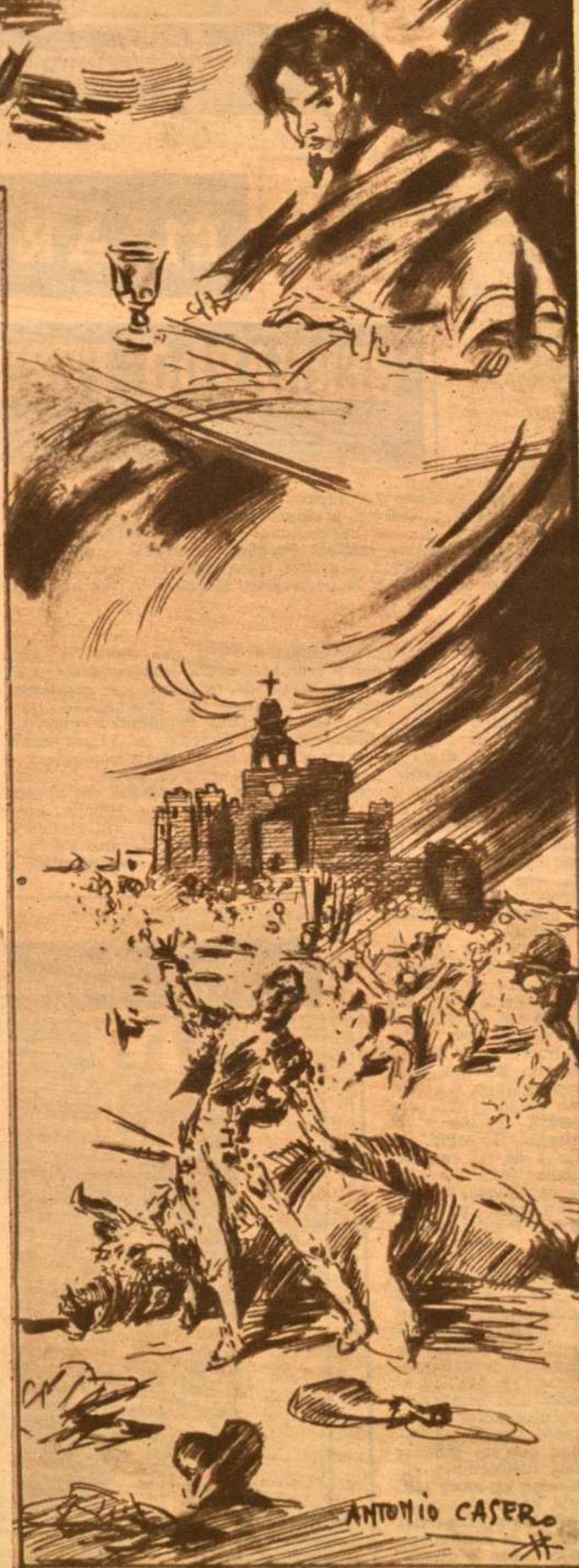
# RAFAEL ALBAICIN

Por RAFAEL DUYOS

Para el poeta Armando Moreno

Iba, con montera blanca,  
el traje corinto y oro,  
las zapatillas naranja,  
medias de rosa de té  
y verde mar la corbata.  
Iba, de luces sin luz,  
por una senda apartada  
a la hora en que el silencio  
ronda vacías las plazas.  
Iba, morena la piel  
—no de sol, sino de raza—,  
cruzando, dulce y marchoso,  
arenas adormiladas,  
bajo el rocío suavísimo  
de la noche negra y alta.  
Iba a torear sin toros,  
toros que nunca encontraba  
por cortijos de imposibles  
Sevillas y Salamancas...  
En el carbón de los ojos,  
el luto de las pestañas.  
En los crespones del pelo,  
la angustia inmensa del alma.  
En el azabache de  
las manos, un duelo de arpas...  
Poeta en ritmo sin rima  
y músico sin pentagrama,  
torero en la plenitud  
del lienzo de Zuloaga.  
—Qué Castilla de verdad,  
qué Castilla castellana  
—meseta de ríos, chopos,  
nieves, corderos, espadas—  
le dicta viejas lecciones  
de olvidadas tauromaquias...  
Con música de Chopin  
le nace el lance de capa.  
Desde Varsovia a Madrid  
los cielos parpadeaban  
jaleando a Rafael

entre mazurcas polacas.  
Un fondo de estalactitas  
en lejanía romántica...  
Pelucas y reverencias  
¡y las fuentes de La Granja!  
Donde las guitarras duermen,  
despiertan las balalaicas...  
¿Qué mundo de confusión  
maravillosa se exalta?  
¿Qué mundo viene a la vida,  
qué mundo de extraños mapas,  
con toros de veinte siglos  
—veinte siglos en las astas—  
corneando a la hermosura,  
quebrando la norma clásica?...  
Apolos y Faraones  
de espanto resucitaban.  
Albaicín..., ¡el Albaicín!,  
fiel a la voz de su casta,  
calé por los cuatro puntos  
cardinales de su casa,  
sale al encuentro del toro  
y, cariñoso, le llama...  
«Anda, ven, no te hago daño... ;  
ven. ¿No te gusta mi capa?»  
Y el toro cree en Rafael,  
mientras Rafael le engaña,  
y nacen mil mariposas  
amarillas y encarnadas,  
entre los cuernos pasmados  
de coraje y de venganza...  
Es la barbarie, que pierde,  
cuando gobierna la gracia...  
El violín de un zigán,  
por tanguillos jaleaba.  
Por verlo se puso en pie  
toda la gente gitana,  
y desde Nimes a Huelva,  
se encendió entre oles y palmas  
el arco iris torero  
de la torera esperanza.  
Bécquer y Albéniz, por él,  
fundieron teclado y alma...



**C**UANDO Bernardo Ferrándiz el apasionado y devoto pintor costumbrista, ve la luz en Valencia, allá en el Cañamolar, en un caluroso 23 de julio de 1835, la pintura española, el arte español en todos sus aspectos, inicia un nuevo cauce. Ha roto altamente las cadenas clásicas que le unían al pasado, un pasado venturoso si no de laureles, y a tono con la atmósfera dominante, se promulga libre e independiente, e inicia una revolución en el tema, no así en el procedimiento, lanzándose por los nuevos caminos que le brinda esa exaltación del sentimiento que preconizaban los "sneobustas" de antaño.

Ferrándiz acaso no sepa ni entienda entonces de estas cosas, no se fija en ello cuando empieza, casi diríamos por intuición, a pintar. El sólo sabe, como Sorolla, Pla, Domingo Marqués, los Benlliures, Pinazo y tantos otros artistas de su tierra, que la luz y el color de Valencia, llena de destellos, le invitan e impulsan a pintar. El mar, la huerta, el sol, las flores, el campo, todo es motivo para sentirse deslumbrado y seducido. Y Ferrándiz pinta por honda vocación, por entusiasmo, por una euforia artística incontenible, por una inclinación indesinable. Dase a pintar con esa naturalidad con que el poeta hace versos, nada le puz en el agua o el hombre respira. Porque Ferrándiz, lo quieran o no los que le rodean, ha nacido artista, y artista tenía indudablemente que ser con el privilegio de pintar para los suyos y la posteridad, siendo a la vez maestro de maestros.

## EL ARTE Y LOS TOROS

# BERNARDO FERRANDIZ y sus lienzos taurinos

Por MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS



«Antes de la corrida...» Una de las obras maestras de Bernardo Ferrándiz que delata la bondad del ambiente y de la composición. Delicada estampa de la escena en el patio de caballos de una vieja Plaza de toros

to de la bella ciudad andaluza, y su estatu, enclavada en el Parque. Dijérase que en su camino a las dos ciudades fusionó dos escuelas pictóricas: la valenciana y la andaluza.

Ferrándiz no siente cansancio con la paleta y los pinceles en la mano. Las telas se van llenando de colores, y los colores en su conjunto reproducen escenas de la vida real, que el artista, con meticuloso detalle, se recrea en ir componiendo.

Ferrándiz no puede sustraerse a la atracción del tema popular, y como los toros son representación característica de lo español y castizo de lo genuinamente nacional en el costumbrismo, no duda de aportar su arte personalísimo a

la gran obra pictórico-aurina. Dos cuadros de él destacan y representan este tema. «Antes de la corrida» y «Ca-ba-llos. Ca-ba-llos.» Es el primero, una delicada estampa en la que se

exterioriza y pone de manifiesto el sentimiento paternal de un picador antes de la corrida. La escena es en el patio de caballos de una vieja

Plaza de Toros. Al fondo el alguacillito; al frente de la cuadrilla, ya en el porche de salida, aguarda el momento del lucido paseo. Todavía las mulillas y picador no se han incorporado a la vistosa comitiva, y el picador joven, a punto de subirse al caballo, besa al hijito que le ofrecen los brazos de su bella compañera y esposa, mientras todos contemplan la emocionante y, ¡quién lo Dios y la Virgen!, corta separación.

Este cuadro, pintado por Bernardo Ferrándiz en Málaga en 1877, es una de sus obras maestras.

El ya citado de «Ca-ba-llos. Ca-ba-llos» muestra una faceta interesante de las corridas fuera del redondel. El público increpa, pide a gritos caballos. Entran y salen del ruedo los picadores. Hay jaleo en el patio de caballos y lo hay, ¡cómo no!, en los tendidos y el propio ruedo.

Estas dos obras, con «Salida de los picadores de la fonda», forma un tríptico admirable de pintura costumbrista del ambiente taurino, que Bernardo Ferrándiz hubo, para suerte nuestra, de pintar, enriqueciendo la gran obra pictórico-aurina que desde hace tiempo venimos comentando en estas mismas columnas.

Bernardo Ferrándiz hubo de morir en Málaga, su segunda patria chica adoptiva el año 1885, a los cincuenta años de edad y cuando tanto podía esperarse todo de este pintor costumbrista.

Ferrándiz siempre había aprisionado con emocional unción lo humano. Enamorado de la luz, estuvo siempre en los caminos de la verdad, y sus pinceles nunca fueron más allá de lo que su pulso de hombre levantino, pasional, quiso que fueran.

Sus dos cuadros de toros, que hemos comentado, vibran con una angustia que hacen escapar sus figuras del lienzo, donde Ferrándiz clavó con sus pinceles unas estampas llenas de gracia de color y de vida.

Porque no hay que olvidar que el gran pintor valenciano alentó desde los comienzos de su carrera artística una veneración, que no abandona ya nunca, por la humana verdad.

Sus lienzos con aromas de campos y de flores, con nácares de mares, no son nada más ni nada menos que eso: que Ferrándiz se inspiraba en la verdad.

Tal es la forma, breve y resumida, el estudio crítico de este pintor, aprisionado siempre con unción emocional de lo humano.

«Ca-ba-llos. Ca-ba-llos...» Otro de los cuadros de Ferrándiz que delata la bondad del ambiente y de la composición. El público pide más caballos y hay jaleo en el patio



Muy joven, marcha Ferrándiz a París, esa meta de tantos afanes crisol de tantas formaciones éticas y estéticas, donde muchas veces el espíritu nativo, el instinto nacional si no está muy arraigado, se pierde y se confunde con esas innovaciones revolucionarias, tendientes a marcar una originalidad, no siempre provista del buen sentido del arte. Pero, naturalmente, Ferrándiz se abre paso a través de la espesa muralla de las gentes, conservando todas las raíces esenciales de su arte nativo y de sus devociones españolas. El no podía contagiarse de ese híbrido, pero encantador ambiente parisiense de la segunda mitad del pasado siglo. Es mucho su entusiasmo; son muchos los sueños y esperanzas del artista, que ya empieza a ser mimado fuera de su país. Cuando regresa a España, en 1861, trae ya en un solo cuadro prestigio y fortuna, porque su lienzito «El viático a un mendigo moribundo» es ni más ni menos que la revelación de una nueva escuela realista, a la que no han de faltar continuadores y discípulos, demostrando cómo su técnica había por sí sola de lograr la aprobación y el aplauso de público y crítica.

Cuando tras de reñida oposición consigue la cátedra de colorido de la Escuela de Bellas Artes de Málaga, Ferrándiz cree verse de nuevo en la Valencia que le viera para orgullo suyo nacer. Tan semejante encuentra la luz y el paisaje, el color del mar y de los campos, aunque sean distintos los caracteres y temperamentos de las gentes. Cada pueblo tiene su idiosincrasia, como tiene sus diferencias idiomáticas o de pronunciación. Y tan semejante encuentra su tierra con la que ahora habita, que Málaga y Valencia, Valencia y Málaga, juegan una zarabanda de sentimientos en su corazón, hasta el extremo que no sabe ni puede distinguir o diferenciar el amor que siente hacia cada una. ¿Cómo se explica si no el título de hijo adoptivo con que le distinguió el Ayuntamiento

## Aficionados de categoría y con solera

# Para el pintor JUAN GIRÁLDEZ, la época de Joselito y Belmonte no ha sido superada todavía

### Una corrida a la antigua usanza que quiso organizar Cañero

Si se busca a este pintor completamente cuajado, que es Juan Giráldez, es inútil ir a su domicilio particular, del que sale a temprana hora de la mañana para no volver ya hasta bien entrada la noche. Hay que ir al Estudio, y allí, en lo alto, envuelto en un quimono, con el que adquiere un lejano aire oriental, y calzando unas zapatillas de cuero, que harían la felicidad de un coleccionista, está siempre el artista. Su mundo de cuadros y pinceles, es reducido; pero a él le basta. En Juan Giráldez, nieto de pintor, pintor él mismo sin vacilaciones, con este pincel seguro de los que saben lo que quieren y adónde van, el trabajo constituye su evasión y su recreo espiritual. Si este hombre no pintara, se moriría de tedio. Desde pequeño puede

decirse que apenas ha hecho otra cosa que pintar. Ya Giráldez dejó atrás los años juveniles; pero no ha hecho falta llegar a su edad serena para alcanzar en su obra la plena madurez. El, en pintura, es mayor de edad, desde hace mucho tiempo. Nosotros queremos que nos hable hoy el único espectador, al que gusta asistir, de las corridas de toros; pero aun en esto antepone su profesión y su vocación, para empezar hablándonos de la pintura en los toros.

#### ESOS CUADROS DE ROBERTO DOMINGO...

—De los pintores de toros contemporáneos, el que más me gusta es Roberto Domingo, gran artista, en busca siempre de color, del movimiento, de la alegría, de la luz de la hermosa fiesta. Roberto Domingo encontró una excepcional belleza en todo momento de la vida del toro; los pintó al amanecer, en el encierro, en el herradero, en la tiente, con gran conocimiento y gran entusiasmo. Su difícil arte es tan profundo y personal, que sus imitadores sólo han hecho malas copias. Por esas cosas frecuentes en nuestra pintura, no se le ha dado la categoría que le corresponde. Aun estamos a tiempo...

—Perfectamente. Ya que aborda usted tan valientemente este tema, dígame ahora qué pintor de toros es el que menos le gusta.

—Quizá por oposición, el que menos me gusta es Solana, a pesar de que este pintor de la carroña nos sea simpático por su brutal sinceridad y su afición a los cuadros de miedo.

#### LOS TRAJES DE LOS TOREROS

—Y en usted, ¿qué influencia ha tenido la afición taurina en su arte?

—Una influencia muy escasa. Sólo he pintado dos cuadros que se relacionan algo con lo taurino. Va usted a verlos.

Son sus obras «Carmela» y «Pepita». Las señoritas toreras. «Carmela» lleva un traje de torear antiguo, en el que

los grises malva armonizan con el amarillo de una manera singular y de bellísimo erecto. A nosotros nos parecen dos cuadros magníficos.

—Por este traje verá usted que los toreros vestían antes de un modo más ligero. Los trajes de hoy pesan horribilmente, y no sé cómo los diestros, sometidos a un esfuerzo físico tan intenso, los pueden soportar.

#### COMO BELMONTE, NINGUNO

—¿Hace mucho que va usted a los toros?

—Eso se pierde en la noche de los tiempos. Desde pequeño he ido a los toros, y no sabría decirle cuándo fui por primera vez, pero sí la primera corrida, que se me quedó grabada en la mente y el primer y único torero que fué mi ídolo. La corrida fué la de la alternativa de Belmonte en Madrid, y mi ídolo, desde ese día, fué Juan. Aquella tarde devolvieron siete toros al corral; pero, a pesar del ganado, a Belmonte le sacaron en hombros por la puerta grande. Por cierto, que ahora, que Juan Cristóbal está haciendo el busto a Joselito que se ha de colocar en la Plaza madrileña, me pregunto yo por qué no se ha de colocar el de Belmonte a su lado. Así, la cosa sería completa, porque ellos, juntos siempre en la Plaza, formaron una época inolvidable, que, en mi opinión, aun no ha sido superada.

A Joselito también le admiraba mucho; pero en mí tenía que causar más impresión la emoción de que impregnaba Belmonte su toreo y, sobre todo, lo que significó su innovación de revolución, de ampliación de horizontes y perspectivas.

—¿Y los de ahora?

—Ahora, claro, hay que rendirse ante Manolete y Arruza, ante la maestría de Ortega... No regateo su mérito a todos aquellos que han llegado a la cumbre. Pero por lo que fué y por lo que significó para mí, como Belmonte, nadie. En el toreo a caballo, Cañero fué inmenso. Por cierto que Cañero tuvo una vez la idea de organizar una corrida a la antigua, una corrida histórica, y yo ilustré, con tal motivo, un folleto preparatorio de esta fiesta, que no llegó a celebrarse. Mis ilustraciones consistieron en dos cuadros: uno, del Cid alanceando un toro, y otro del marqués de Villamediana, en el que aparecía a caballo, saltando por encima del toro, recién muerto.

—Hubiera sido una corrida curiosa aquella.

—Ya lo creo. Y aleccionadora. Porque la lucha del hombre con el toro es antiquísima y genuinamente ibérica, anterior a griegos y romanos. Pero esto nos llevaría muy lejos... A Cañero le he tra-



tado mucho, y también he tenido amistad con Cocherito de Bilbao.

#### EL MIEDO INSUPERABLE

—Con tales amistades, supongo que alguna vez habrá sentido el deseo de probar sus aptitudes taurinas.

—No me han faltado ocasiones de probar mis aptitudes taurinas, como usted dice; pero ha sido inútil, por una razón suprema: mi miedo insuperable. El torear me parece difícilísimo. Creo que requiere, entre otras cosas, la costumbre de un ambiente determinado, eso que se llama andar entre los toros, que es lo que hace perderles el respeto, hasta atreverse a enfrentarse con ellos. Yo no he tenido ocasión de adquirir esa costumbre, y tal vez por ello mi respeto a los toros es sencillamente imponente, mayúsculo, extraordinario.

#### LO MEJOR Y LO PEOR DE LA FIESTA

—¿Qué es lo que encuentra usted mejor en la fiesta?

—De la fiesta, me subyuga la habilidad de la lucha del hombre con la bestia por medio del arte. Desde mi particular punto de vista de pintor, he de entusiasmarme con su incomparable colorido, con esos cuadros que se forman al terminar un pase con una figura completa, con la plástica del conjunto...

—Ahora, vamos a lo contrario. ¿Qué es lo peor de las corridas de toros?

La contestación viene rápida:

—La incomodidad de ir, la incomodidad de estar en la Plaza y los precios de las localidades. Esto último, principalmente.

\*\*\*

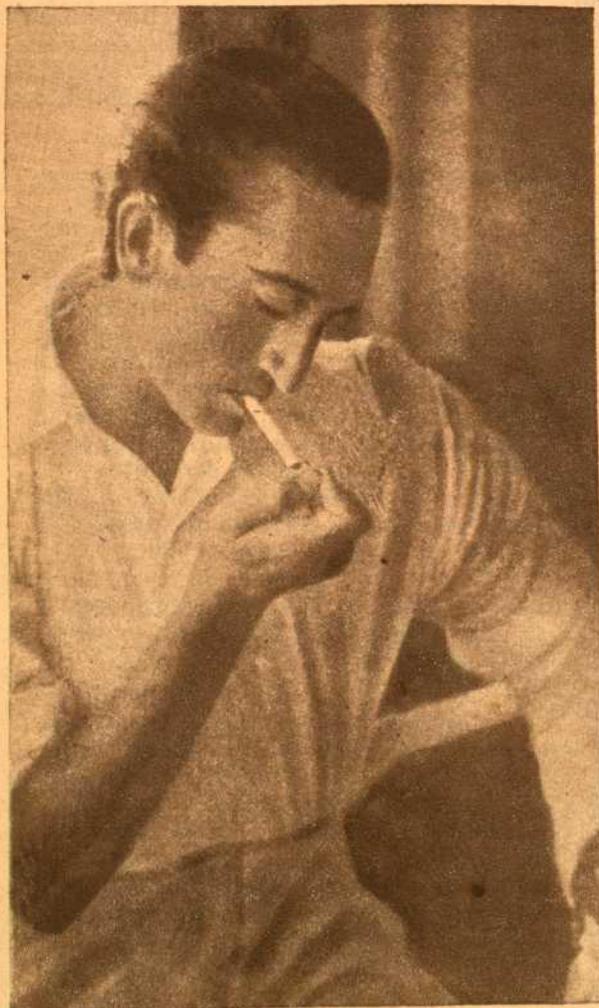
Y después, Juan Giráldez se levanta, se acerca a un cuadro que tiene empezado, lo mira, y se vuelve a sentar. Sigue aún nuestras palabras; pero su pensamiento se aleja de ellas. Comprendemos que está impaciente por volver a coger los pinceles. Su cortesía le obliga a insistir en que nos quedemos para tomar una copa de vino español. Una copa en la que va nuestro brindis por sus éxitos, y después de la cual dejamos al artista en su mundo, en su vida de todos los días, en su arte de todas las horas...

RAFAEL MARTINEZ GANDIA

# MANOLETE REAPARECERA EL



Aquí tienen ustedes la risa optimísima de Manolete, al verse libre de la escayola



Un cigarrillo antes de que el doctor López Durán proceda a intervenir

## El sábado se le quitó el vendaje enyesado, encontrándose totalmente consolidada la fractura de la clavícula

**M**ANOLETE, allá en Las Rozas, aprisionaba con rebeldía el recuerdo de otras tardes, con oro de caireles y el fulgor de los aplausos...

Y esperaba la hora, esta hora, en la que el doctor López Durán afirmaba rotundamente que muy pronto podrá volver a torear.

Manolete llegó el sábado a Madrid. Venía sonriente, y al bajar del coche, consultando su reloj, dijo: —Faltan ya muy pocas horas para que, de una vez, pueda saber si estoy en condiciones de volver pronto a los ruedos o no—. Camará se sonrió filosóficamente.

\*\*\*

Al caer la tarde, cinco personas nos encontramos reunidas en la habitación 220 de este hotel madrileño donde se hospeda Manolete. Con el famoso diestro cordobés charlábamos de todo, menos de toros, don Ramón Herrera, Camará, nuestro fotógrafo y el cronista.

A la hora, Manolete se levantó, entre nervioso e impacientado. Paseó largamente por la habitación. Y repetidamente señaló:

—¿Por qué tarda tanto en llegar el doctor?

Camará se encogió de hombros y se limitó a decir:

—No tardará, Manolo..., no te impacientes.

El diestro cordobés se acercó al balcón y por unos minutos pareció quedar pendiente contemplando el tráfico que a sus pies corría. Luego se volvió y fué entonces, cuando empezó a hablar de toros.

—Llevo demasiado tiempo sin torear... y cuando se tiene afición esto es lo peor que puede pasarle a uno. Hizo una larga pausa. Volvió a enredar por enésima vez con las cartas, que en grandes montones se apiñaban sobre la mesa, y continuó:

—Todo esto —y señaló las cartas— es lo que me compensa de tantas tardes sin toros. Esta correspondencia de los aficionados que se han interesado por mí me recordó en muchas horas que yo no me había ido de los ruedos por tanto tiempo..., sino que estaba muy cerca de todos. Realmente, éste ha sido mi único consuelo.

—¿Y esas tardes sin toros, qué pensaba Manolete?

—Que no estaba viviendo mi vida...; más que pensar, sentía que un vacío me llenaba. No sé; no sé explicarte bien lo que quiero decir... algo como si a uno le hubieran arrancado de los suyos y se encontrase de pronto en un ambiente desconocido, y

ro mi confianza es absoluta.

—En total, ¿cuántas corridas has perdido?

—Si vuelvo a torear el día que espero, habré perdido 23 corridas

—Y ese día de tu desaparición, ¿cuál supone que puede ser?

—Confío que sea el día 6, en Vitoria.



El diestro con su apoderado; Manolete y Camará, posan para EL RUEDO



Manolete acompañado de su gran amigo y admirador consecuente, don Ramón Herrera

donde lo primero que se empieza a odiar es la soledad.

—¿Y ahora qué piensas?

—Torear muy pronto.

—¿Tantas esperanzas tienes?

Manolete se sonrió.

—Es que yo no podría pensar de otra manera. Ignoro qué dirá el doctor cuando me quite el yeso, pe-

ro mi confianza es absoluta.

—En total, ¿cuántas corridas has perdido?

—Si vuelvo a torear el día que espero, habré perdido 23 corridas

—Y ese día de tu desaparición, ¿cuál supone que puede ser?

—Confío que sea el día 6, en Vitoria.

\*\*\*

A las nueve y media de la noche llegó el doctor López-Durán. Casi sin tiempo para saludarle, Manolete le dijo:

—Cuando usted quiera, doctor.

# PROXIMO DIA 6 EN VITORIA

**VEINTITRES corridas ha perdido el diestro cordobés por este percance**



—La verdad es que estoy muy contento y gracias a Dios que todo salió bien. Ahora a empezar de nuevo.

—¿Con la misma ilusión de siempre?

—Con mucha más ilusión, porque después de haber pensado tantas veces que mi inactividad no tenía fin, ahora así, de pronto...

—¿Y después de Vitoria, dónde toreas?

—Las corridas más cercanas a la de Vitoria son las que toreo los días 7, 8 y 9 en La Coruña; el 12, en Santander; 13 y 14, en San Sebastián, y 15, en Gijón.

El teléfono seguía repiqueteando con insistencia agobiadora. Y Camará repetía casi sin descanso:

—Sí, sí; en Vitoria el día 6...; gracias.

Nos despedimos.

Y el cuarto 220 de este hotel madrileño, donde dos horas antes el silencio punteaba una pausa llena de incertidumbres y preocupaciones,

recobrabamos un tono jovial y alegre.

En la calle, el aficionado comentaba:

—Manolete torea ya el día 6...

C. ERNESTO FRANQUET



Cuatro fases de la intervención del doctor López Durán para levantar el vendaje enyesado

El doctor López Durán le dió unas palmaditas amistosas en la espalda, y en un tono de voz cordial y socarrón a la vez, apuntó:

—¿Tan prisa tienes, Manol, te?... Bien, bien, siéntate y ahora mismo veremos qué es lo que nos descubre el yeso.

Unos minutos más tarde el yeso había desaparecido del brazo izquierdo de Manolete. El doctor López-Durán, durante algunos minutos, estuvo observando el juego de las articulaciones y ordenó al diestro cordobés que hiciese algunos movimientos con el brazo. Todo debió encontrarlo a su satisfacción, cuando, sonriéndose, afirmó:

—Esto va muy bien... y dentro de muy pocos días estarás nuevamente en condiciones de torear.

—¿Cuántos son esos días para usted, doctor?

—Pueden ser ocho.

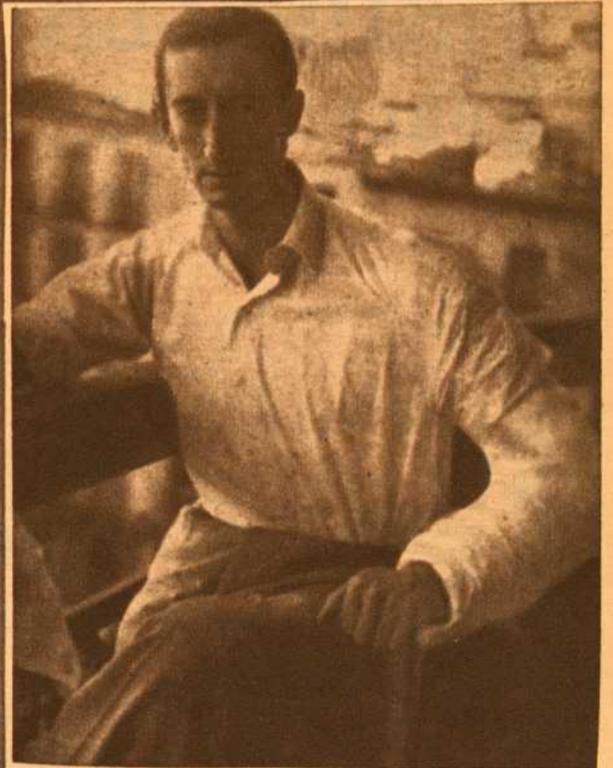
—Es que yo quiero torear el día 6 en Vitoria —insistió Manolete.

—¿Tú quieres torear ese día?

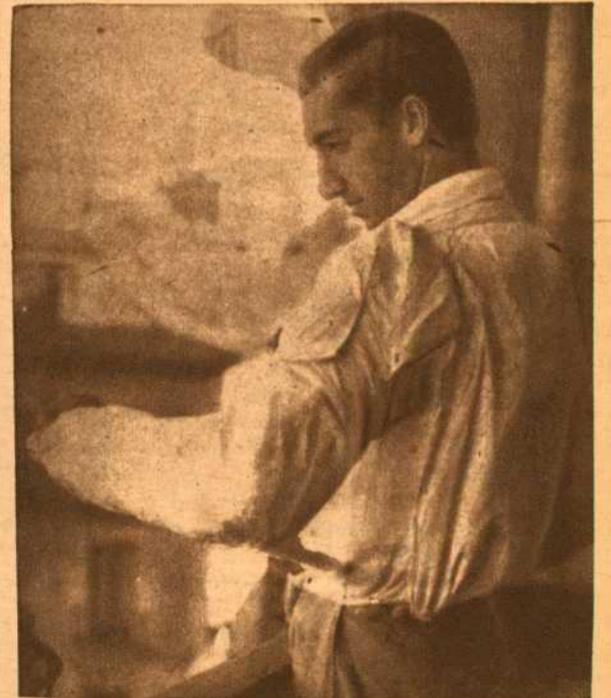
—Es lo único que deseo!

—Pues bien...; yo también lo deseo. Dentro de dos días te quiraremos el resto del yeso que te cubre el pecho...; y dentro de unos días sólo te quedará el recuerdo de lo que has pasado.

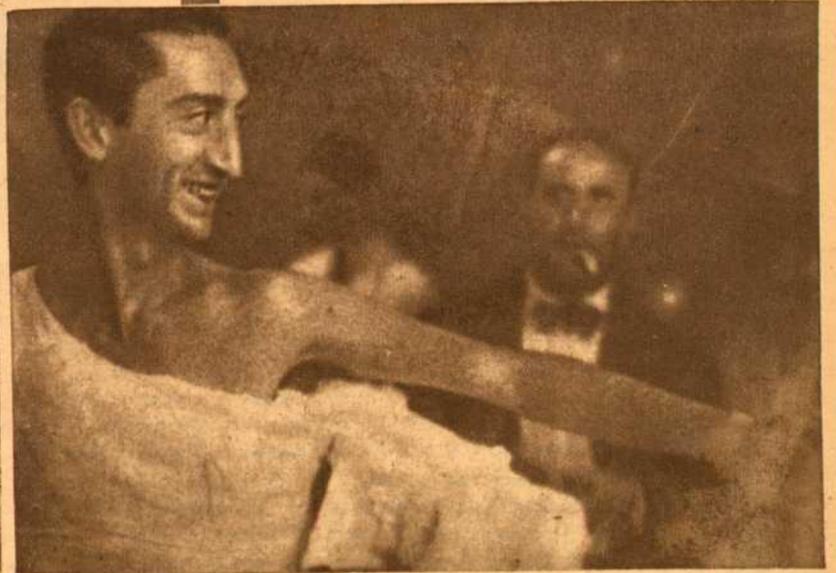
Manolete había recobrado ya su alegría y su optimismo, y las bromas se sucedían, porque todo «quello» que acaba de pasar en unos minutos, bien valía el gesto franco y alegre. Manol, te, se spiró, al decirnos:



El diestro cordobés en el balcón de su hotel, esperando al doctor



Dentro de unos momentos desaparecerá el «dichoso» vendajidito...



¡Al fin! ¡Gracias a Dios que todo salió bien!

(Fots. Mari)

# ¡AQUELLA FERIA SEVILLANA EN 1916!

## BELMONTE, en la cuarta corrida, cortó la oreja al toro Vencedor, de Gamero Cívico

Por JOSE SIMON VALDIVIELSO

**R**EPASANDO viejos papeletes, tropezaron mis ojos con una microrreproducción del cartel de toros de la feria de abril sevillana en el año 1916.

Paré en él la atención: primero, porque el cartel —la preciosa cancela que defiende la entrada a la Plaza de la Real Maestranza, entreabierta, dejando ver un patio soleado, que cierra al fondo un muro de la edificación— es francamente bonito; y segundo, porque el programa de las seis corridas apresa el interés y despierta la melancólica evocación de otros tiempos que fueron felices para el antiguo aficionado.

No puedo resistir al deseo —no sé si será tentación del "malo"— de transcribir aquí el citado programa, que era nada más y nada menos como sigue:

Día 23 de abril.—Joselito y Belmonte mano a mano, con seis toros de Albaserrada.

Día 26 de abril.—Joselito y Belmonte mano a mano, con seis toros de Murube.

Día 27 de abril.—Joselito, Belmonte y Gaona, con seis toros de Santa Coloma.

Día 28 de abril.—Joselito, Belmonte y Vicente Pastor, con seis toros de Gamero Cívico.

Día 29 de abril.—Joselito y Belmonte mano a mano, con seis toros de Miura.

Día 30 de abril.—Joselito, Belmonte, Gaona y Vicente Pastor, con ocho toros de Anastasio Martín.

Lo primero que salta a la vista, y que producirá extrañeza a la afición pueril —y digo pueril en la acepción de poca edad, de infancia, no por la fecha de nacimiento del aficionado, sino por la del nacimiento de su afición—, es que la pareja de la rivalidad apasionante, los dos que entonces ocupaban las más altas cimas de la torería, aquellos cuyo nombre en los carteles era garantía cierta de lleno de abarrote en cualquier Plaza, en cualquier solsticio, en cualquier día y a cualquier precio, toreasen todas, ¡absolutamente todas!, las corridas de feria. Y que de las seis contratadas, tres, justamente la mitad, tuviesen el riesgo y la responsabilidad del "mano a mano". Y que de estos "mano a mano", uno lo fuera con ganado de Miura, que es y ha sido siempre, y entonces con más justificación que ahora, una divisa que imponía a los toreros cierta clase de respeto con matices de preocupación, que tenía notable parecido con eso que los cantantes llaman "paura".

Pero parece ser que entonces esa de *torearlas todas* era la única condición que imponían a las Empresas los "mandamases" del toreo: "¡Yo, todas o ninguna!", sin una previa ojeada al calendario para ver si tocaban en domingo, día festivo o día laborable; sin poner vetos —como puede verse por el cartel transcrito— a las ganaderías que servían las reses con más arro-



Joselito y Belmonte, la pareja cumbre del toreo, que en 1916, torearon seguidas las seis corridas de feria en Sevilla.

bas, más edad y más "maera"; sin elegir los compañeros que habían de completar el cartel. Se decía que José estaba enemistado con Gaona —los "antijoselistas" llegaron a apuntar insidiosamente que le tenía—, y Joselito no opuso el menor inconveniente a encerrarse dos tardes, además de con Juan —¡que ya estaba bien!—, con el indio de León de las Aldamas, en "aquella feria de abril".

Es posible que los que están al tanto de la forma en que actualmente funciona la organización de los espectáculos taurinos, digan: "Esos toreros estaban mal administrados", y puede que tengan razón; pero esa razón suya reforzará la mía, porque queda probado que entonces —¡ay, la irremediable añoranza, que produce ese adverbio de tiempo en boca de los que ya contamos el tiempo con la meticulosa parsimonia de quienes tienen poco para perderlo, porque no les queda demasiado para vivirlo!—, para llegar en el escalafón de los "toricidas" a los puestos reservados a la máxima jerarquía artística, para formar en la "clase especialísima" de la época, no hacía falta "administración": con arte y con valor había suficiente.

¿Se podrían confeccionar hoy para alguna feria española seis carteles de toros equivalentes a esos que disfruté la afición en la de Sevilla del año 1916? Seis corridas, figurando en todas ellas las dos figuras preeminentes de esta hora, y de las seis, tres "mano a mano" entre dichas figuras, son hoy el imposible metafísico, empresa superior a la capacidad económica de un profesional de las organizaciones taurinas normales; vamos, de lo que ahora se considera normal. ¿Quizá si Morgan o Rockefeller se decidieran a abordar esta faeta españolista

de los negocios...! Pero, en fin, son unas consideraciones digresivas que me han apartado de mi propósito inicial, que no era otro que sacar del desván de mis recuerdos el de aquella faena magistral, valerosa y artística, prodigiosa de técnica y dominio, realizada por Belmonte en la corrida del día 28 con el toro Vencedor, de Gamero Cívico. Vencedor fue vencido en buena lid aquella tarde por la decisión de un torero que no se administraba, que se daba a su arte y a su público entero y pleno, con generosa prodigalidad, sin cicatería ni cálculo ni regla de reparto proporcional. Fue una actuación completa la del trianero, sin un bache, un tropiezo ni una vacilación a lo largo de toda la lidia. Y al final, don Juan Belmonte, al que la hipérbole literario-taurina llamaba ya Juanito Terremoto y El pasmo de Triana, cortó la oreja de su enemigo con pleno asenso de los espectadores, que le hicieron objeto de una frenética ovación.



## ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

# TRES COLUMNAS DEL TOREO

YA no andan luciendo sus oros por ningún ruedo terrenal los dos toreros. Ignacio estará seguramente poniéndole rehiletos de cera rizada a los difíciles y negros nubarrones, mientras su cuñado, Joselito, con un blanco capote, gallea a las estrellas que se corren por el azul las noches serenas.

Aquí están aún vivos —sus nombres no morirán nunca— en una fiesta campera en la finca de Pablo Romero. Y el que los acompaña en el desplante ante la asombrada mirada de la becerria es don José Luis Pablo Romero.

Son dos toreros que se han ido a jugar al toro, aun cuando ellos siempre supieron jugar en otros ruedos de mayor responsabilidad y ante otros cuernos que descollaban sus afiladas puntas sobre la negrura rizada de un testuz. Pero hoy han querido echarlo a más broma y entretenerse con los hijos de los que habían de matar mañana. Han ido a la placita como a sacarlos de paseo y a decirles prácticamente lo que días después iban a hacer con sus progenitores. Y mira, toro, mira cómo te burlo, y anda torito, toro, que no me coges, han ido dando su curso práctico de alegrías, hasta dejar a la fiera, que ya prometía mucho, agotada en la persecución de un imposible y sorprendida ante la galanura de la burla.

Y después, unidos en el desplante con el ganadero, sonríen sabedores de su poder, de su dominio. Y como pidiendo perdón al torito por las travesuras, se han arrodillado ante él.

Los dos se nos fueron de esta fiesta que tanto supieron engrandecer. Ya no se echan sus figuras junto a la barrera, ni crujen las tablas como en aquellos pares de banderillas impresionantes y cuya imposible solución se llevó al sepulcro Sánchez Mejías, ni la piernilanga figura de José se destaca en el tercio, mientras sus banderilleros de una sola pasada le van al toro colgando los garapullos sobre el reluciente lomo.

No sabemos si les satisfarán sus incursiones taurinas por el azul, sin riesgo ninguno ya. Tantas veces lo provocaron, buscando el más difícil camino de las cebras, del ir y venir de los cuernos junto a sus cuerpos desmidioses, que suponemos que las largas cambiadas en los aires y el vaivén de sus muletas sobre el lomo aborregado de las nubes no colmarán sus ansias ni su afición.

Unidos en esta foto como lo fueron siempre en una sola y enorme afición a los toros, les sacamos a la luz de las páginas impresas desde los rincones donde duermen su sueño eterno y empolvado las fotografías del archivo.

Con uno de los ganaderos de más solera de España juegan al toro para distraer sus ansias de toreo, entre los cuernos que tumbaron ayer y los que aun les esperan mañana.

Pero el recuerdo se escapa, en esta estampa vieja, con sabor y solera de otros tiempos, que si no fueron mejores, ¡ay!, fueron únicos.



# Plaza de Toros de LA CORUÑA

**VERANEO 1945**

(EMPRESA A. GONZALEZ VERA)

**Tres grandiosas corridas de abono y una extraordinaria que se celebrarán los días 5, 7, 8 y 9 de agosto de 1945**

**¡¡EXTRAORDINARIOS CARTELES!!  
¡¡Los mejores carteles de la temporada taurina!!**

**DIA 5 DE AGOSTO DE 1945**

**CORRIDA EXTRAORDINARIA**

Un toro de GABRIEL GONZALEZ para la excelente rejoneadora

**CONCHITA CINTRON**

y SEIS TOROS, SEIS, de la acreditada ganadería del CONDE DE LA CORTE que estoquearan los famosos diestros

**ARMILLITA**

**PEPE LUIS VAZQUEZ**

y

**LUIS MIGUEL DOMINGUI**

**DIA 8 DE AGOSTO DE 1945**

(SEGUNDA DE ABONO)

Un toro de TOVAR para el gran rejoneador

**D. ALVARO DOMECA**

**6 ESCOGIDOS TOROS, 6**

de la acreditada ganadería de Don JUAN GUARDIOLA (antes Parladé) muertos a estoque por

**MANOLETE**

**ARRUZA**

y

**PEPIN MARTIN VAZQUEZ**

**DIA 7 DE AGOSTO DE 1945**

(PRIMERA DE ABONO)

**8 MAGNIFICOS TOROS, 8**

de

**PEREZ CONCHA**

estoqueados por

**MANOLETE**

**ARRUZA**

**MONTANI**

y

**PARRITA**

**DIA 9 DE AGOSTO DE 1945**

(TERCERA DE ABONO)

**¡La mejor combinación de la temporada!**

**MANOLETE**

y

**ARRUZA**

(MANO A MANO)  
con

**6 MAGNIFICOS TOROS, 6**

de la acreditada ganadería de Don JOAQUIN BUENDIA, antes SANTA COLOMA

## A PUNTA DE CAPOTE Competencia entre toreros

Por FEDERICO OLIVER



Frascuolo

¿Qué es lo que entienden los aficionados por competencia entre toreros? A primera vista parece la superación entre dos rivales de un mismo estilo, de una misma línea, de una misma nota en la función artística. Así, en cuanto se concibe la competencia entre toreros — Mario y Tamberlick, por ejemplo; pero no entre Gayarre y la Patti, tiple y tenor. Así también entre un torero tenor y otro barítono o bajo — permítaseme la expresión — no hay competencia posible. Las llamadas competencias taurinas — mejor diría choques — siempre tuvieron lugar entre toreros de distintas escuelas y aptitudes diversas. Pedro Romero y Pepe-Hillo, Cuchares y el Chiclanero, el Gordito y el Tato, Frascuelo y Lagartijo, Joselito y Belmonte, grandes figuras de las consabidas competencias históricas, fueron parejas dispares de distinta idoneidad y estilos diferentes. Y siendo así, ¿hubo en puridad una competencia donde no hubo paralelismo? A la vista salta que la denominación de estas luchas con la voz «competencia» carece de sentido. ¿Emulación entonces? Puede admitirse; pero examinemos el alcance de esta palabra en dos lidiadores puestos frente a frente por el público. Hay dos clases de emulaciones: emulación en la bravura y emulación en el arte. Claro es que ambas pueden coexistir en una noble rivalidad; pero examinemos la primera porque es la que más apetece el espectador apasionado.

La emulación en la bravura es la que comporta la mayor emoción, y por lo mismo hemos de considerarla con la máxima reflexión. Esta contienda nunca es natural, siempre es provocada, creada por el afán de la muchedumbre, dividida en dos bandos, de azuzar a sus dos víctimas el uno contra el otro y a los dos contra el toro.

Los amigos de los espadas — funestos en muchos casos — son los que se encargan de poner a sus ídolos en trance de peligrosa rivalidad, y no es raro que logren — se ha visto en competencias célebres — enzarzarse en enemistades rabiosas, sin tener en cuenta que tales excitaciones han de dirimirse ante los dos puñales homicidas que son los pitones del toro. Esta coacción quebranta la solidaridad ante el peligro que de un modo humano ha ennoblecido siempre la figura del torero. La competencia así concebida entre dos hombres que se juegan la piel ante una fiera es inhumana. Ya tiene el arte del toreo hartos peligros mortales para que los aumentemos con nuestra pasión a salvo de todo riesgo. Pedro Romero y Pepe-Hillo, en la primera competencia que conocemos, llegaron: el primero, a vaciar al toro en la suerte de recibir con un sombrero, y el segundo, por no ser menos, con una peña arrancada de su redecilla. Esto es una locura que la sensibilidad moderna no habría de consentir. El valor obcecado del amor propio herido no es necesario ni siquiera artístico. Claro que el valor es elemento primordial, porque hace falta valor, y mucho, para ponerse delante de un toro; pero hay que distinguir entre valor y valor. El valor ciego no conduce más que a la cogida. El valor ponderado es ni más ni menos que la ciencia del valor. A este género de valor pertenecieron Guerrita y Joselito. Y los públicos, siempre niños glotones de tragedia, reprocharon a estos grandes maestros precisamente la más alta cualidad que les enaltece: la de la seguridad en el dominio del toro y en el propio dominio de los nervios. A tal punto que llegase a decir que *no daban emoción* porque en fuerza de saber *nada exponían*. Regateo injusto que constituye una estafa al aplauso unánime que aquellos colores siempre merecieron. Quizá por este resentimiento el uno se despidió *sin despedirse* y el otro se propuso no volver a la Plaza de Madrid en dos años poco antes de caer en Talavera.

¿Y la emulación en el arte?

Esta rivalidad entre toreros de filigrana sería la mejor como estética de la línea en movimiento si por su naturaleza no alejara la posibilidad de *hule* que atesora la emulación en la bravura. El torero alegre, fino, adornado, creador de bellas plasticidades con el sentido de la colocación ante el toro, que la cámara fotográfica capta en cada instantánea en una actitud pictórica o escultórica, no es eficaz porque este preciosismo característico de la escuela sevillana no se acompaña por lo general con la certera estoqueada de muerte. Le ocurre en esto lo que a su análogo en otra escuela sevillana de balompié, igualmente ineficaz en el gol. Lo sevillano es la sonrisa, un tanto femenina, de la fiesta. Y lo rondeño su sobriedad varonil. Pero lo femenino, ¿no es lo eterno?

Si los atenienses, gozadores supremos de la belleza, hubieran conocido el toreo seguramente la escuela sevillana se nos aparecería con el laurel olímpico en la frente. Los espartanos, en cambio, rudos atletas, hubieran consagrado el mismo laurel a la escuela rondeña, más en armonía con su recio espíritu de lucha. Yo creo que en el fondo estos dos estilos, el sevillano y el rondeño, con nombres de toreros del día, son los reales competidores de las contiendas taurinas. El público, con un tinte de selección ante dos grandes figuras dispares, logra imaginativamente la difícil unidad del torero perfecto con la diversidad de los estilos en pugna. Algo así como un escultor helénico, que, ante dos bellísimos modelos de mujer, logra, con la línea de la una y la curva de la otra, la selección morfológica de lo femenino ideal. Pero disto mucho de creer en esta sutileza del público de toros. El público, miriápodo de veinte mil vociferaciones, quiere que el espada vea un adversario no sólo en el toro, sino en su compañero.

Entonces — se me dirá — usted ignora que la competencia, salsa del toreo, es el crisol donde se forman los grandes lidiadores; y como usted ignora esto, *usted no sabe de toros*. Yo acepto esta sentencia porque ciertamente no poseo la ciencia infusa del aficionado sabihondo; pero declaro, como espectador a la vez de la lidia y del público, que las mal llamadas corridas de competencia no aportan auge a la fiesta, y que, por el contrario, perjudican singularmente al torero, porque el público es por fuerza, antes que espectador imparcial, beligerante apasionado. El torero debe torear suelto, libre de toda coacción, de toda sugestión externa, con el pensamiento concentrado en lo que hace, como el escultor ateniense, en la soledad de su estudio, con sus dos modelos selectos. Aún añoro la suprema lección que nos dió Joselito en la corrida inolvidable de los seis toros y el sobrero...



Lagartijo

PALIQUE ANTE "LA NIETA DEL ESPARTERO"

# BERNABY CONRAD

Cónsul norteamericano en Sevilla

Torea como los "buenos", admira a Manolete, pinta asuntos de toros y es un maestro con la guitarra



Don Bernaby Conrad, cónsul de Estados Unidos en Sevilla; visto así, parece un auténtico andaluz (Fots. Arenas)

Ha aquí a mister Bernaby Conrad, cónsul de Estados Unidos en Sevilla. Su Estudio de pintor está lleno de reliquias y objetos taurinos: un estoque de Joselito, un trozo de la taleguilla que llevaba Gitanillo de Triana la tarde en que le hirió de muerte Pandanguero, en Madrid; una muleta del Andalus, u n capote de luces de Sidney Franklin...

Cuando visitamos a Conrad —joven, efusivo y gran amigo de las cosas de España— le hallamos en su Estudio ante su nuevo cuadro: *La nieta del Espartero*, que pinta aquí, junto al retrato —magnífico, por cierto— que le ha hecho a Manolete.

Un rato de charla con este diplomático norteamericano es una gratísima comprobación de la fuerza con que el espíritu de nuestra Patria se proyecta en el Extranjero. Bernaby Conrad —nacido en San Francisco de California— conoció en Méjico, hace algunos años, a un novillero —Félix Guzmán— que fué su amigo hasta que un toro se lo llevó, sobre las arenas del ruedo de El Toreo, para siempre...

Conrad conserva un verdadero archivo fotográfico de Guzmán y lo evoca con lentas y emocionadas palabras fraternas. Surgió luego en la amistad del diplomático la figura de Sidney Franklin —que ya había estado en España—, y la vocación de Bernaby se llenó de un ardiente deseo: venir a España, conocer nuestras costumbres, vivir nuestro ambiente.

—Yo quería visitar vuestro país —nos dice— porque Sidney me había dicho que era el país más delicioso que ha conocido. No descansé hasta conseguirlo. Y vine. Estuve primero en Vigo. Pero mi afán era vivir en Andalucía. Dos ciudades me han hecho sentir, de modo magnífico, el toreo y todo lo popular que le rodea.

Bernaby Conrad está estudiando ahora el «caló», la lengua gitana, misteriosa y casi gutural —de morenas gargantas— que hablan esos privilegiados mortales que saben de las largas jornadas con los ojos llenos de sueño y el corazón cuajado de un canto que es treno y júbilo y sonrisa...

—Ya verá usted que estoy pintando, en este cuadro de *La nieta del Espartero*, con mucho mimo, los «caiss» —los ojos—, y quiero pintar, roja y



El señor Conrad en su Estudio. Abajo: Hablando con nuestro corresponsal Moreno Galvache y Raimundo Bolanco, representante de EL RUEDO

bluquita, la «muis» y airosos —para que pueda bailar bien— los «pinreles»...

Bernaby Conrad ha toreado muchas veces. En Méjico, en la Plaza mayor del mundo, toreó varios novillos de «mucho peso» y luego en el campo. Le gustan las faenas camperas tanto como las fiestas en los ruedos, lo cual es prueba inequívoca de verdadera afición taurina.

En Granada —no hace mucho— le confundieron con Carlos Arruza. Por cierto que el famoso mejicano ha prometido brindarle, en Sevilla, un toro en inglés. Creo será la primera vez que este acontecimiento «interior» ocurra en el toreo. En Granada —como decíamos—, cuando acabó la primera corrida toreada por Arruza este año en la ciudad del Darro, Bernaby acudió a un café y la gente creyó que era Arruza. Era peor negarlo —nos ha dicho—, porque el público creía que era modestia y arreciaba más en sus manifestaciones de entusiasmo. Los amigos le hablaron como si en efecto lo fuera, y la cosa se puso peor.

—Pasé un rato malo —exclama Conrad.

Conrad cree que la fiesta de los toros no puede enraizar ni llegar a su país, porque existe un gran obstáculo en los caballos. Todo lo demás se aceptaría.

—Los norteamericanos sentimos gran entusiasmo por el caballo. Nos parece un animal tan noble y elegante... El toro, en cambio, se defiende y combate. Pero el caballo acude a la pelea indefenso.

Preguntamos a Bernaby si es cierto que en algunos festejos taurinos celebrados en Estados Unidos se utilizan muletas verdes para no herir la vista de los toros, y nos dice:

—Eso del color es un mito. Sidney Franklin, para demostrarlo, organizó una corrida en Nueva York —durante una fiesta de feria—, en la que actuaron cuatro espadas, entre ellos el propio Franklin. Los toreros lidiaron con capotes de colores blanco, verde, azul y rojo.

—¿Qué ocurrió?

—Los toros embestían más al blanco que al rojo —nos dice.

En el tiempo que lleva entre nosotros, Conrad ha asistido no sólo a todas las corridas de Málaga y Sevilla, sino incluso a algunas celebradas a mucha distancia. En una ocasión hizo un viaje de muchos kilómetros en motocicleta para asistir a una corrida en que toreaba Manolete. Esto quiere decir, como es lógico, que las preferencias del joven diplomático yanqui se inclinan todas al torero de Córdoba.

—Es el mejor de todos. Torea con una gran proporción de medidas y es, a mi juicio, el clásico del toreo...

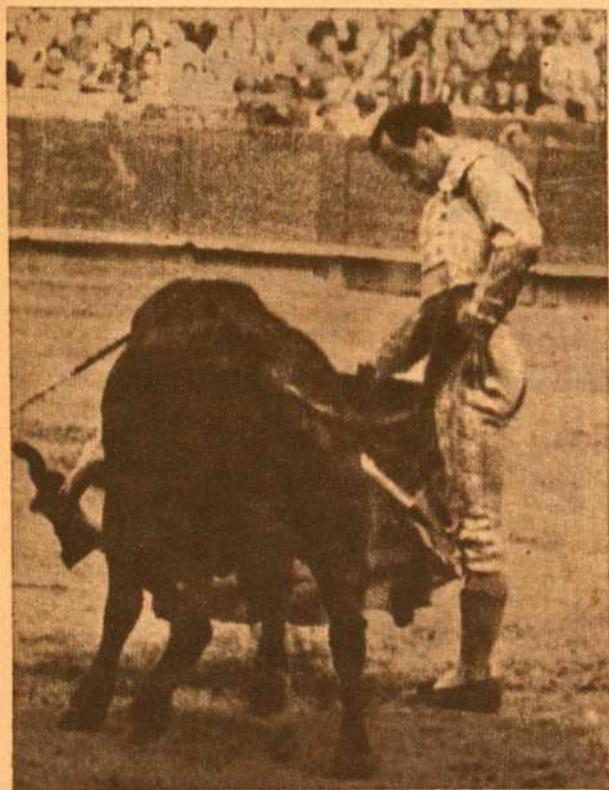
Cuando hemos dejado este despacho donde el señor Conrad trabaja para su país, cruzamos, al despedirnos, al fresco patio donde el verdor de una enredadera pone una nota acogedora en el calor de la tarde.

Se oye arriba, en el Estudio, unas notas de guitarra —la «sonanta», como nos dice el señor Conrad—, en cuyo secreto lenguaje ha aprendido este fino y culto diplomático el amor a las cosas andaluzas. Cónsul de los Estados Unidos, mister Bernaby Conrad, es un admirador de España.

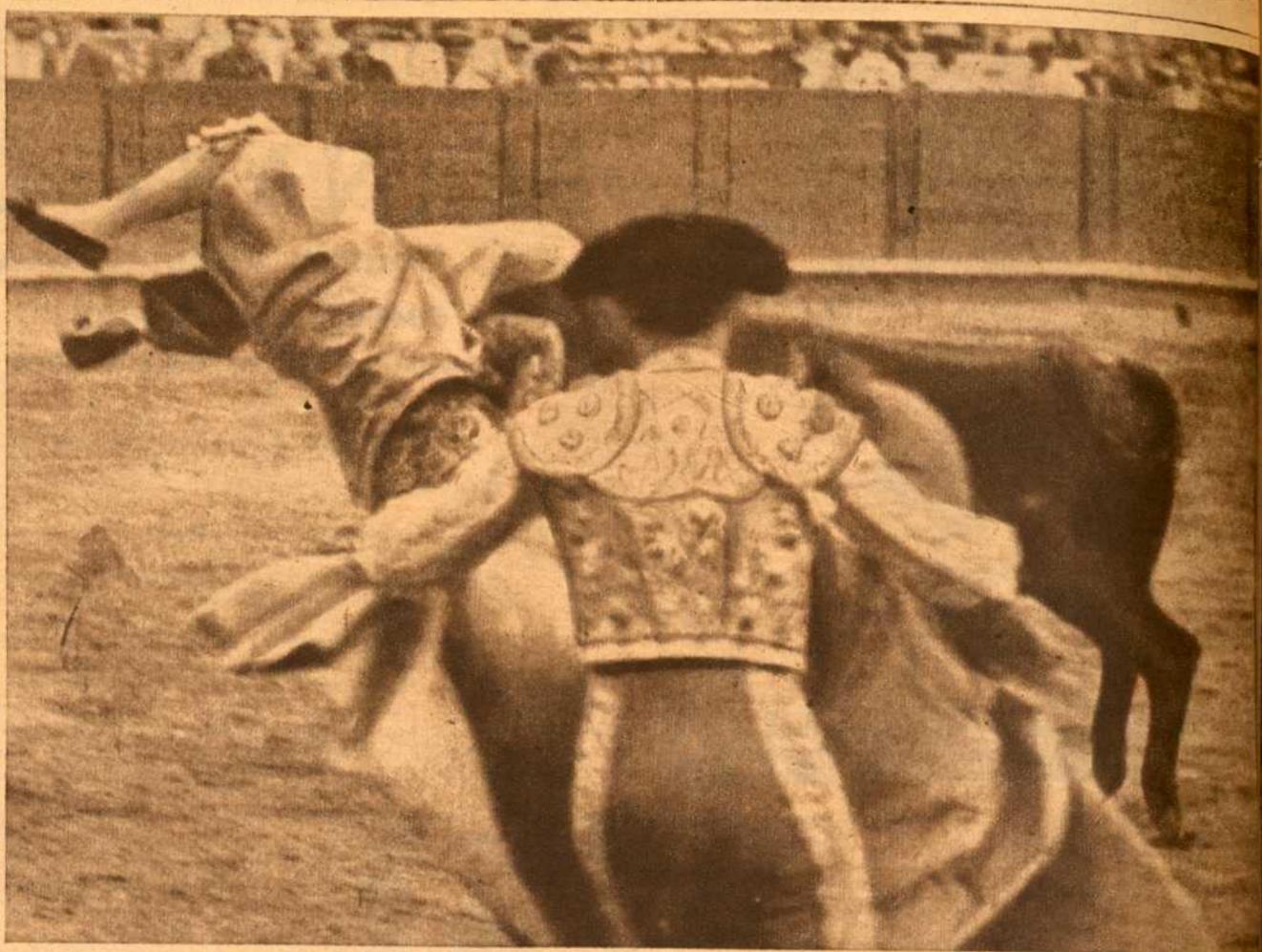


Don Bernaby Conrad, con el capote de paseo que le regaló Sidney Franklin

# La corrida de la Prensa en Barcelona



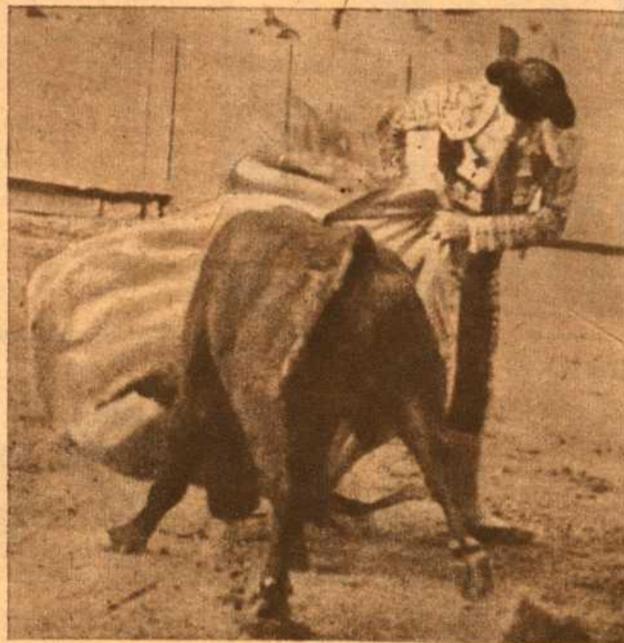
Carlos Arruza, en un muletazo en la corrida de la Prensa catalana



Un emocionante momento de la cogida de Lorenzo Garza, al torrear de capa, en la corrida de la Prensa, de Barcelona, en la Plaza Monumental



El diestro mejicano citando al natural en la faena de su primero



Lorenzo Garza, rematando con media verónica



Carlos Arruza torreado por natural, el lunes, en Barcelona



El mejicano Garza torreado de frente por detrás, momentos antes de su cogida

## GRAVE COGIDA DE

Barcelona, 30. — Monumental. Seis toros de don Marcelino Rodríguez, de Badajoz, y dos de Sánchez Fabrés, de Salamanca, para Lorenzo Garza, Carlos Arruza, Julián Marín y el Choni. Lleno absoluto. La corrida es la que se dedica anualmente a la Prensa. Preside el señor Barrio. Las cuadrillas son aplaudidas.

Primero. Protestado. Se procede al cambio. Primero bis. Garza le saluda con lances apretados, siendo ovacionado. Al hacer el quite que le corresponde, lo realiza en forma invernal, estrechándose en unos lances de frente por detrás, entre murmullos de admiración y ovaciones entusiastas. Al dar el tercer lance, el toro le empitona por el muslo izquierdo, teniéndole suspendido en el aire unos segundos. La cogida produce emoción indescriptible cuando el diestro pasa en brazos de las asistencias a la enfermería. Tres varas y tres pares. Arruza despacha al bicho citando la faena con dos por alto superiores, tres derechazos y cinco naturales, entre ovaciones. Una estocada hasta la cinta. Ovación prolongada y saludos.

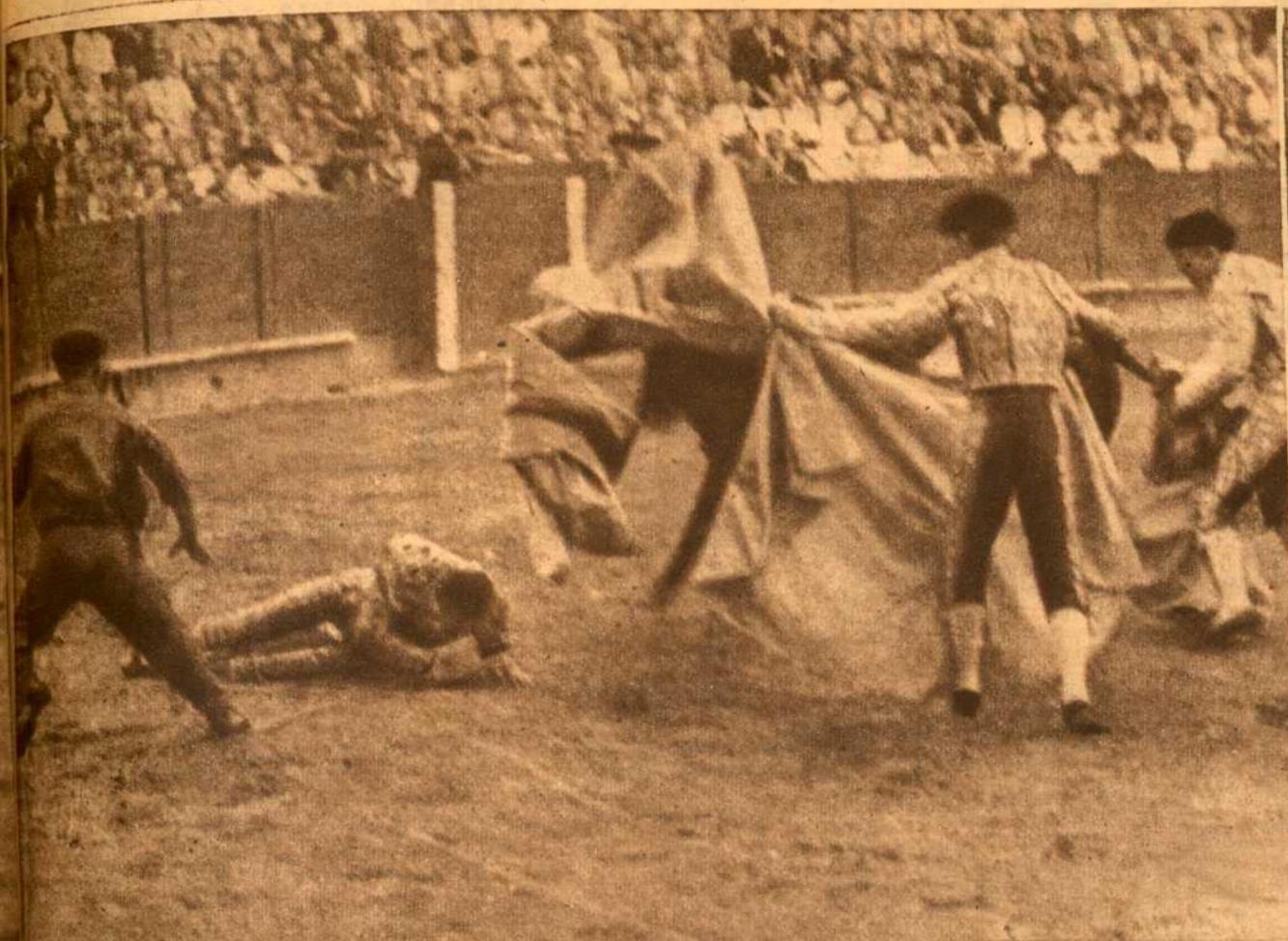
Segundo. Arruza le saluda con cinco verónicas y media superiores. Ovación. También lo es en su quite. A petición del diestro, el toro sólo toma una vara. Se ovaciona al maestro. Esto coloca un par enorme entre barreras. Sigue con otro igual y termina con un tercero inmenso, aguantando el embite, en el centro del ruedo. Ovación indescriptible. Comienza la faena con dos pares estatuarios. Se lleva al toro al centro del ruedo y en un alarde de serenidad le quita del pitón izquierdo un trozo de algodón aherrido de los protectores que usan los caballos. Ovación. Liga tres naturales en terrenos increíbles. Ovación y música. Tres derechazos ligándose el toro al cuerpo; dos molinetes de rodillas y toda clase de adornos, como el conocido teléfono. Un pinchazo superior y media en lo alto. Ovación, dos orejas, vueltas, saludos, etc.

Tercero. Marín le saluda con verónicas valientes. El toro se vence del izquierdo. Tres varas y dos pares. Llegó el toro huido a la muerte. Marín realiza una faena valiente y dominadora, sin inmutarse por las tarascadas continuas del toro. Una estocada entrando bien que basta. Pitos al toro y ovación y salida a Marín.

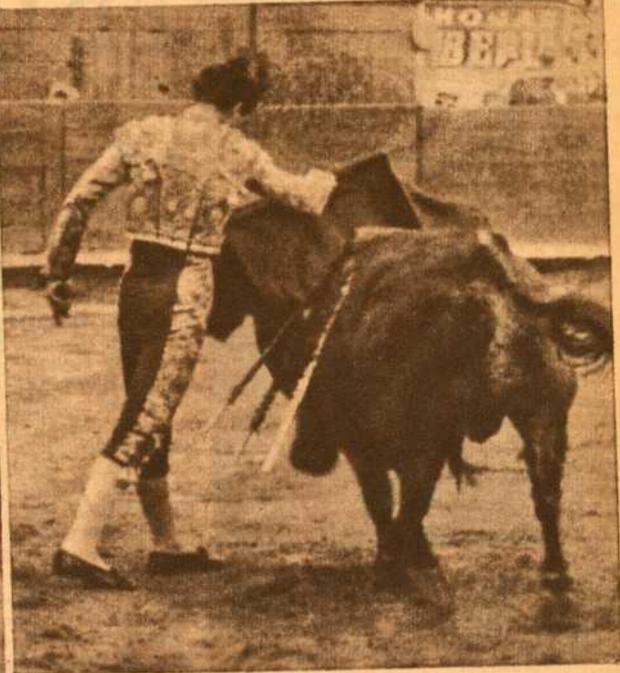
Cuarto. Huido y sale atropellando. El Choni lucha para ponerlo en suerte. Dos varas y un par magnífico de Carlatuente que se ovaciona con calor. El Choni realiza una faena llena de valentía, en la que sobresalen unos buenos passes sobre la derecha que son largamente aplaudidos. Media en lo alto y descabello. Pitos al toro y grandes aplausos al Choni, quien saluda desde el tercio.

Quinto. Bien presentado y con cabeza de respeto. Marín

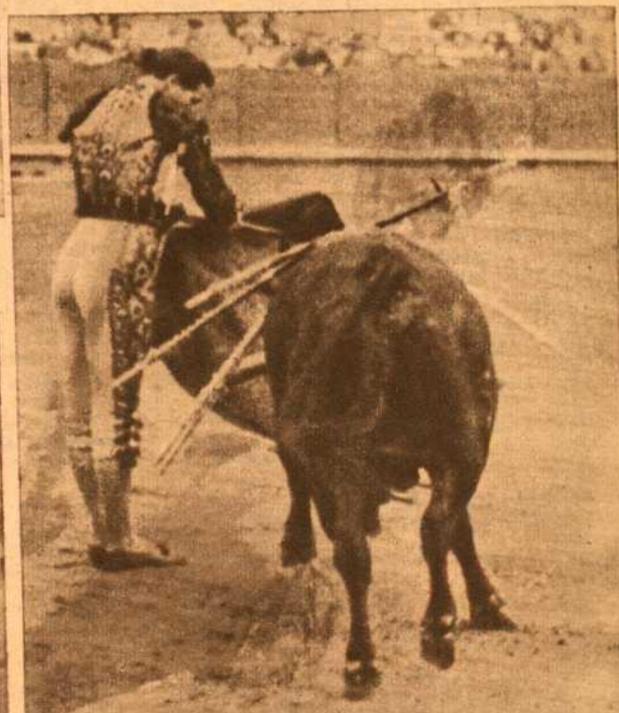
# Toros de Rodríguez y Sánchez Fabrés, para Lorenzo Garza, Arruza, Julián Marín y el Choni



Lorenzo Garza, en el suelo; después de haber sido cogido, mientras los banderilleros acuden presurosos para hacer el quite a su matado



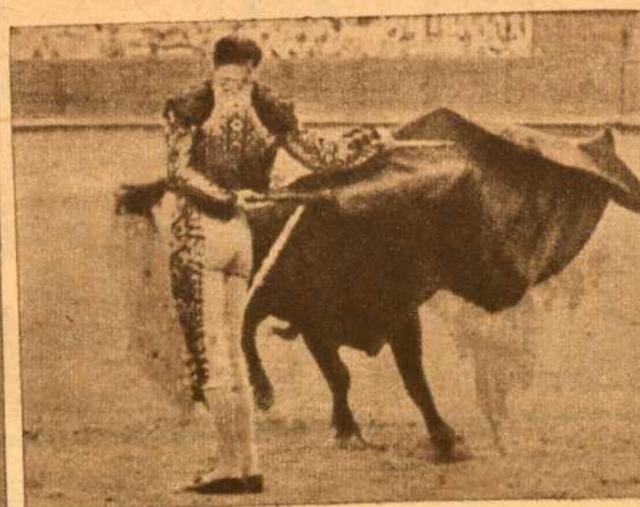
El Choni toreando de muleta, el lunes, en Barcelona



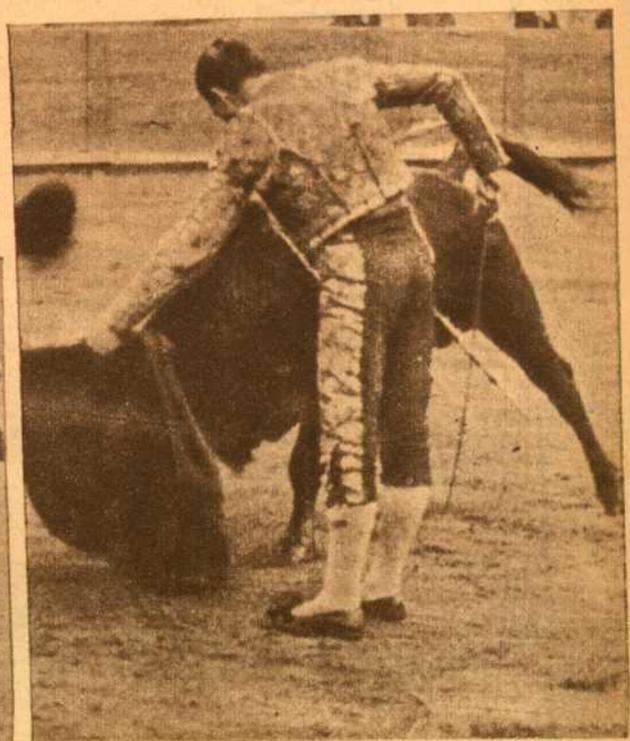
Julián Marín, en un momento de su gran faena en la corrida de la Prensa, de Barcelona



El Choni toreando de muleta a su segundo toro



Julián Marín toreando de muleta por manoletinadas



El Choni toreando por naturales en su faena de muleta (Fots. Valls)

## LORENZO GARZA

saluda con verónicas que se ovacionan con calor. Un quite de Marín y otro de Arruza, de frente por detrás que se ovaciona largamente. Dos varas. Marín brinda al público, realizando una faena apoteósica, continuamente amenizada por la música y que el público sigue en pie entre constantes ovaciones. El trasteo lo inició con tres rodillazos escalofriantes y un molinete también de rodillas; tres por alto; tres naturales ligados y tres manoletinadas. Luego sigue con un farol y muleta a dos manos. La grandiosa faena es coronada por un pinchazo entrando superiormente y un volapié que derriba al toro. Gran ovación, dos orejas, rabo, lluvia de prendas, saludos repetidos desde el centro del ruedo, etc. Marín saca a Arruza y el Choni a compartir las ovaciones.

Sexto. Le saluda Arruza con lances inteligentes. Cita por faroles de rodillas. Ovaciones que se repiten al quitar Marín también por faroles, cerrando el brillante tercio el Choni con dos verónicas y media inmensas. Coge los palos y coloca Arruza un par avilane; repite con otro muy bueno y cierra un peón. Se ovaciona al maestro. Faena de castigo a base de pases por bajo dominadores, aguantando las derrotas del toro, que se queda. Una bien puesta que basta.

Séptimo. Marín le saluda con buenas verónicas que se aplauden. Toma cinco varas y dos pares y medio. Faena valiente y de castigo para cuatro pinchazos y una estocada entera que basta.

Octavo. El Choni lo lancea valientemente, siendo aplaudido. El toro huye de los caballos y se le condena a fuego. Comienza el Choni la faena con un pase por bajo, sufriendo un derrote. Sigue profiriendo, consiguiendo hasta tres pases en redondo después, de sacar el máximo partido. El diestro entra a matar y señala un pinchazo, saliendo empitonado y pasa en brazos de las asistencias a la enfermería. Remata al toro Arruza de una buena estocada.

Pares facultativos. — En la lidia del primer toro y en el primer tercio, ingresó en la enfermería el diestro Lorenzo Garza, quien sufre una cornada en la región superointerna del muslo izquierdo, que después de producirle un desgarró en la piel del escroto, penetra en el muslo con trayectoria posteroexterna, de unos diez centímetros de extensión por dieciocho de profundidad. Pronóstico grave. — Firmado: doctor Olivé Gumá.

También ingresó en el último tercio del octavo toro el diestro Jaime Marco, el Choni, a quien ha sido apreciada fuerte conmoción cerebral. Después de ser convenientemente asistido, reaccionó favorablemente.

El peso de las reses lidiadas en la corrida celebrada esta tarde es el siguiente: 232, 267, 230, 235, 271, 253, 322 y 271. — Mencheta. Lorenzo Garza, que desde la enfermería de la Plaza fué trasladado a la clínica del doctor Olivé Gumá, al cerrar nuestra edición se encuentra en un estado satisfactorio.

## EL PLANETA DE LOS TOROS

# EDUARDO PAGES

Por ANTONIO DIAZ-CAÑABATE



**E**DUARDO Pagés ha muerto. Hace unos días lo vi por última vez. Fue en un bar de la Gran Vía, antes de comer, en un bar donde se refugiaba el acoso de los pedigüeros taurinos, rodeado sólo de contados amigos, con los que charlaba únicamente de toros. Porque Eduardo Pagés no hablaba de otra cosa. Los toros fueron su vida. Por esto fué el mejor empresario que ha tenido la fiesta. Muchos de los que creían que por el camino del halago podían llegar a obtener los múltiples favores que dentro del planeta de los toros Pagés podía conceder, le decían:

—Si usted llega a dedicarse a empresario de boxeo, los boxeadores ganaban hoy en España más dinero que los toreros.

Y él rápido, respondía:

—De ninguna manera. Yo no hubiera sido buen empresario de nada más que de toros, porque, aunque me esté mal el decirlo, yo, antes que empresario, soy aficionado. Me hace empresario llevado de mi afición, y mi mayor dolor es tener que contratar a muchos toreros que le gustan al público y no me gustan a mí. Pero yo no puedo mandar en los gustos de nadie, sino servirlos, y precisamente por esto, porque algunas veces acierto a compaginar estos gustos, es por lo que no me creo mal empresario de todo y por lo que muchos fracasan y pierden su dinero, porque se hacen empresarios adivinados por los éxitos momentáneos de un torero y creen que con contratarlo ya está resuelto todo. Y un buen cartel un cartel que llene la Plaza, no puede improvisarse por un señor que se con-

vierte de la noche a la mañana en empresario de toros, porque se cree más pillín que nadie.

Muchas veces le oí mantener esta teoría. Y creo que tenía toda la razón. Eduardo Pagés llevaba treinta años organizando espectáculos taurinos. Llegó a ser el empresario más avaro, formal y competente de España por sus pases contados, tras innumerables luchas, afanes y sinsabores que él recordaba a cada instante con el orgullo del triunfador.

Eduardo Pagés era un hombre bueno, de un gran corazón. Su muerte le llorarán caudamente muchos infelices a los que protegía; a unos, en forma algo pintoresca y exótica, tales como sus famosos secretarios; a otros, con la forma santa de la caridad, sin ostentación, sin que nadie lo supiera. Le llorarán muchos y respirarán algunos, esos que se creían preteridos, toreros con pretensiones y sin arrestos que por toda disculpa para sus fracasos alegaban que la tenía tomada con ellos Pagés.

Eduardo Pagés era, indudablemente, uno de los ejes más fuertes de la fiesta de toros, pero jamás utilizó su fuerza en mal de nadie, sino en defensa de sus intereses, y muchas, muchísimas veces, en defensa de la fiesta. A él le debían los toreros el auge, en estos momentos, desorbitado, de sus honorarios. Él fué quien ofreció y dió cinco mil duros por corrida a Juan Belmonte y posteriormente siete mil a Domingo Ortega, a los que contrató además en exclusiva, con evidente y certero instinto de buen aficionado. Le oí en repetidas ocasiones enorgullecerse de jamás haber contratado a un torero por una cantidad que no fuese proporcionalmente remuneradora. Y no sé con Juan Belmonte, pero con Domingo Ortega me consta que nunca firmó un contrato, costumbre que siguió con otros toreros y ganaderos, sin que jamás en ocasión propicia intentara en provecho suyo abusar de esta confianza; antes al contrario, haciendo siempre honor a su palabra y aumentando el dinero a un torero cuando éste, por los azares de la fortuna, se encumbró posteriormente a su verbal contrato con el empresario.

Eduardo Pagés fué un hombre sano de espíritu y limpio de la desmesurada codicia que en el planeta de los toros tanto abunda para mal de la fiesta. Y sobre todo, estaba libre de esa malicia y picardía, en el fondo purista, pero en la forma molesta, con las que todos los que andan alrededor del toro, suelen encubrir sus tratos, como si el chabano de la gitanería fuera una manera normal de entenderse en los negocios.

En una de las últimas conversaciones que sostuvo conmigo, me dijo:

—Más adelante, cuando me canse y me retire de los negocios taurinos, tenemos que escribir un libro en colaboración. Ya verá usted qué cosas vamos a contar.

Y antes que él se cansara de ser empresario se cansó la muerte de esperar para llevarse lo. Dispongo de poco espacio para ensartar como merece su memoria. Si Dios me concede salud lo intentaré algún día, pues algo y aun algo me adelantó de los azares de su vida. Mientras tanto, elevo a Dios más oraciones por el eterno descanso de su alma.

## NUESTRA CONTRAPORTADA

### FERNANDO GOMEZ, EL GALLO Por BARICO



**N**ACIO en Sevilla el día 18 de agosto de 1849. Aprendí el oficio de zapatero; pero el ejemplo de su hermano José, banderillero en la cuadrilla de Lagartijo, le hizo inclinarse por el toro. Se apodó primeramente Gallito Chico, para distinguirse de su citado hermano, que

se hacía llamar Gallito; suprimió luego el "chico" y acabó por suprimir también el diminutivo y se apodó El Gallo. De muchacho hizo su aprendizaje en los corrales —en los que ya daba su más tarde famoso cambio de rodillas— y en las cañas de los pueblos. Luego fué banderillero con el Gordito, Bocanegra, Chicorro y Jaqueta.

En 1869 se celebró una corrida de cuatro toros, en Sevilla, para espadas modestos. Fernando salió de banderillero; pero como uno de los matadores se negara a matar un toro grande y de poder, lo mató él de una estocada corta y otra superior hasta la bola. Aquella tarde fué sacado en hombros. Siguió actuando como banderillero, y al mismo tiempo aceptaba contratos para matar novillos.

El 29 de junio de 1873 actuó en Madrid como matador de novillos. Fué banderillero después con Chicorro, Frascuelo, Bocanegra, Manuel Carmona, Hipólito Sánchez Arjona y Cara-Ancha.

El 16 de abril de 1876 le doctoró en Sevilla Manuel Fuentes y alternó con Chicorro. Quedó mal y volvió a actuar como novillero. Marchó, al terminar la temporada, a La Habana, donde cosechó muchos aplausos. Regresó a España, y el 7 de octubre de 1877 Jaqueta le dió nueva alternativa en Sevilla, la cual le fué confirmada en Madrid, el 4 de abril de 1880, por el espada Currite.

Toreó por última vez en Madrid el 22 de septiembre de 1895, al dar la alternativa al Algabeño, y se despidió del toro en Barcelona el 25 de octubre de 1896, en corrida celebrada a su beneficio, en la que se lidiaron siete toros de diferentes ganaderías. El primero fué banderilleado por Guerrita y muerto por el Gallo, y los seis restantes, muertos por Guerrita, Minuto y Fuentes.

Retirado, se reclinó en la huerta de Gelves, y allí murió el 2 de agosto de 1897.

La amistad que unía a Fernando con el empresario de la Plaza de Madrid, señor Menéndez de la Vega, y el hecho de contar entre sus banderilleros con Guerrita, quien desde 1881 hasta 1885 trabajó a sus órdenes, hicieron que Fernando torease en la capital de España más corridas que otros matadores que tenían, como tales matadores, más méritos que el torero sevillano.

Con el capote era torero muy fino, gaillard, sabio y elegante, y con la muleta, artista muy brillante. Fueron muy pocos los toros que mató bien, pues aunque conocía los secretos de la suerte, rara vez se decidía a practicarla sujetándose a las reglas del arte.

Antes de morir, ya en la agonía, escribió a su antiguo banderillero lo siguiente: «A mi compadre Guerra: En la hora de mi muerte, le ruego que no deje sin pan a mis hijos. Se lo pide, medio moribundo, su compadre, Gallito.»

La gracia de Fernando Gómez García fué muy grande. Bastará que contemos una anécdota. Uno de sus banderilleros había parecido muy mal. Cogió El Gallo la muleta, y al darse cuenta de que su subalterno le seguía con el capote, tuvo con él este diálogo:

—¿Dónde va osté?

—A bregar.

—Vaya osté a sentarse en el estribo ahora mismo.

—¿Por qué, maestro de mi vida?

—Porque se van a mezclar los pitos que le dan y le darán a osté con los que me van a dar a mí, y va a ser un laborioso.



MACHARNUDO

*Inocente*  
*es el vino para copiar*

**VALDESPINO**  
**JEREZ**

# SUERTE OLVIDADAS DEL TOREO

## Cuando se banderilleaba con los pies dentro de un sombrero de copa

Por JESUS DE LAS CUEVAS

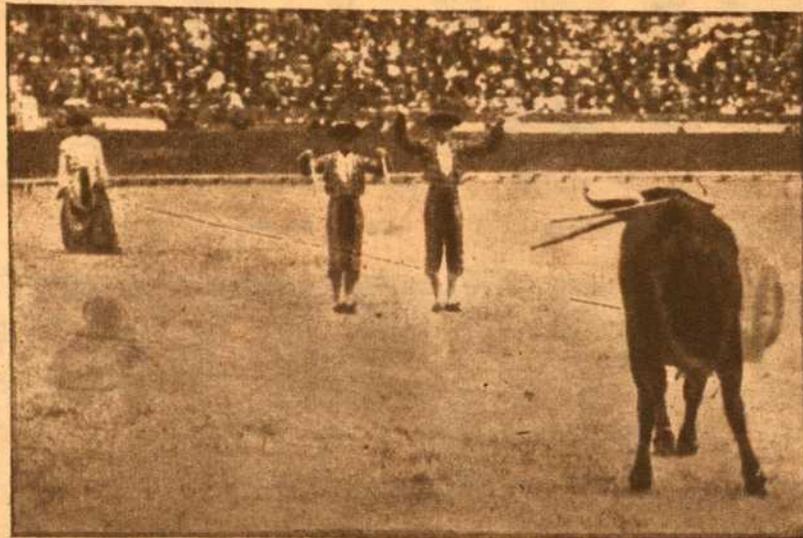
AUNQUE en la "Tauromaquia" de Montes —del año de 1836—, se habla de par a "al sesgo", al "vuelapiés", hasta 1858 no se quiebra al toro limpiamente por Antonio Carmona, Gordito, quizá el banderillero más genial, con Lagartijo, de todo el XIX. Antonio Carmona se presenta en Madrid en 1857; al otro año, en Sevilla, quiebra a un toro, citando de largo, por primera vez. (El par era una variante del famoso de Topacárnero, pero evitando el hachazo.) Pensemos en la impresión del público cuando Gordito clavase sus palitroques sin pestañear ni moverse un ápice del suelo, con las zapatillas pegadas a la arena.

\*\*\*

Hoy vuelve la suerte de las banderillas, en ese eterno y dramático desafío del hombre y el toro, con su gracia y destreza de quebrar con la cintura a la muerte, a entusiasmar al público adicto a los redondeles. En parte, en la resurrección de esta suerte, tienen un buen haber los artistas mexicanos, fáciles banderilleros, si los hay. Pero en ello, de las banderillas, como en todo, va a ser preciso inventar nuevos gestos, nuevas maneras. Siempre he dicho que entráramos en el toreo en la época en que lo original tenía éxito. Es el caso de la "manoletina" o la "arruzina" inauguradas, en el tiempo, con su viril estatismo de pase hecho y logrado; o los desplantes, hechos a base de coraje, como "la suerte del teléfono", en la que el torero llega a la más estricta intimidad y confianza con la fiera. Porque, hay que repetirlo, en el arduo el artista se halla en trance de creador, de escultor, a cada momento, y sólo los que tengan potencia y presencia de creadores, de innovadores, son los que llegarán a la cima.

\*\*\*

Más tarde, aquellos matadores que aprendieron a quebrar, quisieron dar mayor emoción e intensidad a la suerte. Entonces se ataron los pies con cuerdas, se encadenaron con grillos o los metían en un aro, un pañuelo o un sombrero de copa, para dar a entender que allí no había el menor movimiento posible. En un viejo periódico de toros, un cronista de fines de siglo se exalta recordando cuando los toreros "del antiguo régimen" servían "riñones de Jerez" al "respetable público" con unos pares escalofriantes. Y uno a uno, repetía "que se ataban con grillos las piernas, metían los pies en los sombreros de copa y se amarraban a las sillas o se senta-



Los hermanos Gallo citando para banderillar a un toro, en Valencia, corrida a beneficio de Minuto, de una forma ya casi olvidada: al alimón —pudieramos decir— con los palitroques.



Una original manera de quebrar, al cual se refiere el artículo: el diestro Gabardito quiebra, con otro torero tendido entre sus piernas, en la Plaza de Carabanchel, en la temporada de 1910.



Una vieja fotografía que muestra a Juan Belmonte en un difícil par.

ban sobre un compadre de hígados desarrollados y clavaban los rehiletes con los ojos vendados". En un "Enano" del 6 de enero de 1896, otro, que firma Dulzuras, vuelve a insistir en un artículo que titula: "¡Qué mal se pareo!" Ya no hay valor en este tercio, sobre todo desde que Guerrita ha dejado de apretar de banderillero y se "hizo espada". Fueron Cara-Ancha, Fuentes, Antonio Guerra y Lagartijo. De Lagartijo, cuanto se cuenta con los palitroques es poco. Fue el "más

confiado" en verlos venir, en consensarlos y en hurtarles; luego, su cintura de mimbre, con una flexibilidad de Lagartija, de donde le vino la gracia de su sobrenombre. En algunos retratos suyos aparece en actitud de poner un par de banderillas de lujo. Banderillas con cintas y flores, faroles que se rompen y dan suelta a unos pajarillos que revolotean alrededor de la Plaza, a la altura le los palcos. De Rafael Molina se cuenta que un día, echándose hacia atrás su castoreño, dijo esta frase senequiana, cordobesa, en la cual se compendia todo un tratado del toreo antiguo: "Viene el toro, se quita osté, el toro es de osté; no se quita osté, osté es del toro". Es difícil decir más en menos.

\*\*\*

Por otra parte, esa variante de la silla tiene aún, de vez en cuando, quienes la ejecuten. Hay que citar sentado, marcar la salida al llegar al terreno, y levantándose, al humillar la res, cuadrándose en el costado, clavársela, mientras el toro —decían los cronistas— "mandaba la silla al cielo".

Pero lo que se ha olvidado casi del todo son esos pares con gesto suicida o bellos por su ejecución, ya olvidada. Por ejemplo, tenemos en nuestras manos unas fotografías de hace treinta y cinco, veinte años. En una de ellas veremos a Gabardito poniendo un par al quiebro, en Carabanchel —el 4 de agosto de 1910—, teniendo a otro torero entre las piernas. No he visto, ni conozco otro caso igual, que ese de quebrar teniendo entre ambos tobillos el cuerpo de un torero. Gabardito abría las piernas, y el hombre de confianza se echaba a dormir, bajo él, mientras el toro se arrancaba de largo.

En otras, los hermanos Gallo —en Valencia, en la corrida a beneficio de Minuto— se disponen a colocar un par de banderillas cada uno. Están los dos hermanos como a unos diez metros del toro, en una especie de "al alimón" con los palitroques, en espera de que el toro se arranque para irlos colocando, consecutivamente, cada uno.

Ya hace algún tiempo de eso. Pero no tanto tampoco para intentar recordar, como ahora, aquellos desplantes y gestos con las banderillas cuando había un pañuelo, un aro, unos grillos y hasta un sombrero de copa dispuestos para que el matador quebrara con los pies metidos dentro, si llegaba el caso, en el segundo tercio de la lidia.

**BALSAMO HAZUL**  
 Unguento antiséptico  
 para accidentes y  
 enfermedades de la  
 Piel  
 QUEMADURAS • GRANOS • ULCERAS • HERIDAS

VENTA EN FARMACIAS  
 (Autorizado por la Censura Sanitaria)

**GANADERÍAS PRESTIGIOSAS**





El Estudiante, Arrusa y Farrico, que torearón la primera de Feria  
(Fots. Vidal)



Gara. Fermín Rivera, el Andaluz y el Choni, antes del paseillo, en la última corrida de Feria

# FOTOGRAMAS DE LAS CORRIDAS DE LA FERIA DE VALENCIA



Los señores de Calatravas espectadores en las corridas de Valencia

Arrusa, después de la muerte de su primer toro en la quinta de Feria



Conehita Leonardo y el maestro Guerrero presenciando una de las corridas



Carlos Arrusa brindando uno de sus toros al delegado gubernativo en la Plaza

Alvaro Domecq, antes del paseo de las cuadrillas, en la quinta corrida, donde alcanzó un gran éxito

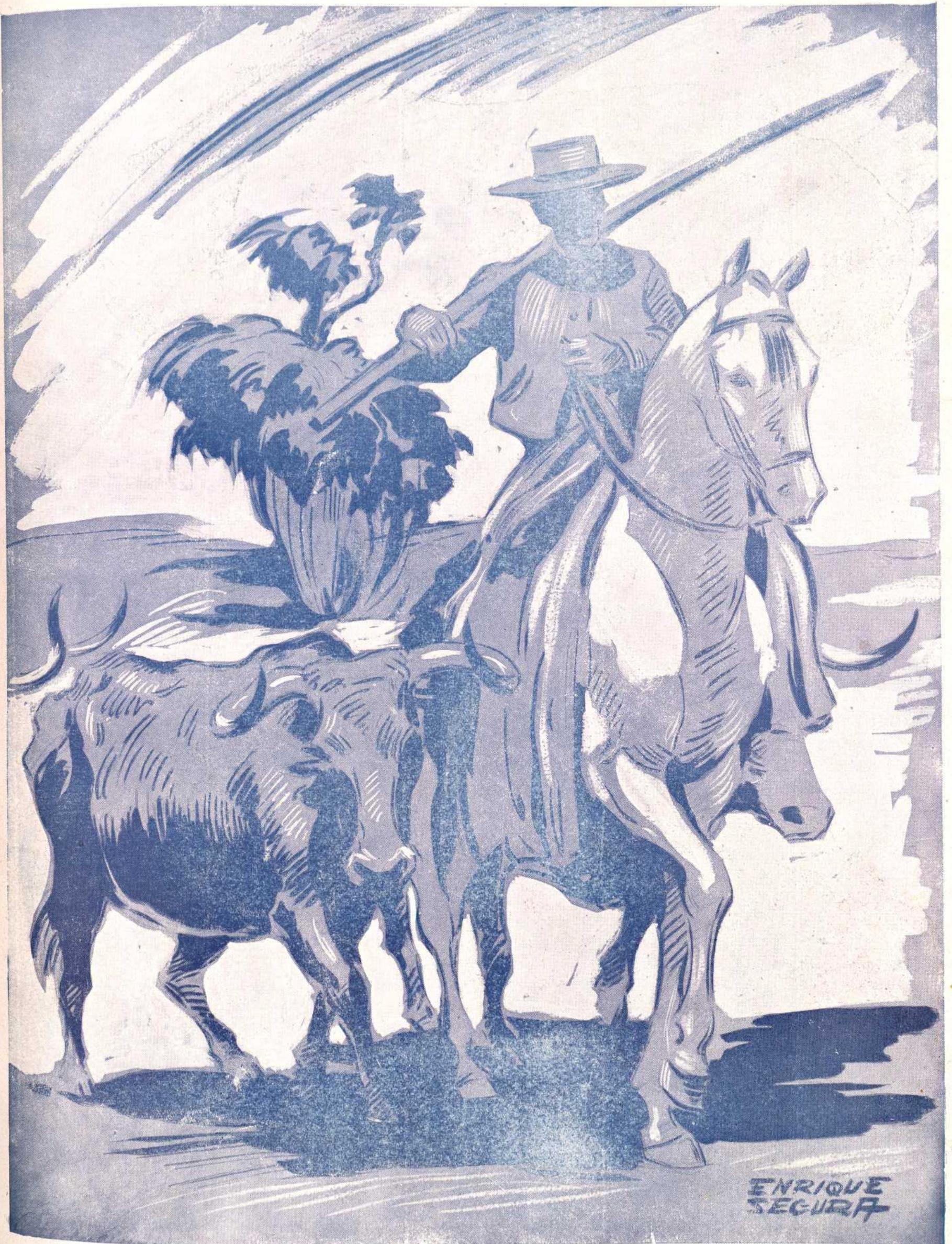


El gobernador civil de Valencia, camarada Laporta, conversando con el jefe superior de Policía de la provincia



El crítico taurino Clarito, don Miguel Aleis y el director de EL RUEDO. Abajo: Arrusa y el empresario de la Plaza de Barcelona, señor Balaña





El encierro  
(Dibujo de Enrique Segura)



Toreros célebres: Fernando Gómez, el Gallo  
(Dibujo de Enrique Segura.)

SUPLEMENTO TAURINO SEMANAL DE MARCHA